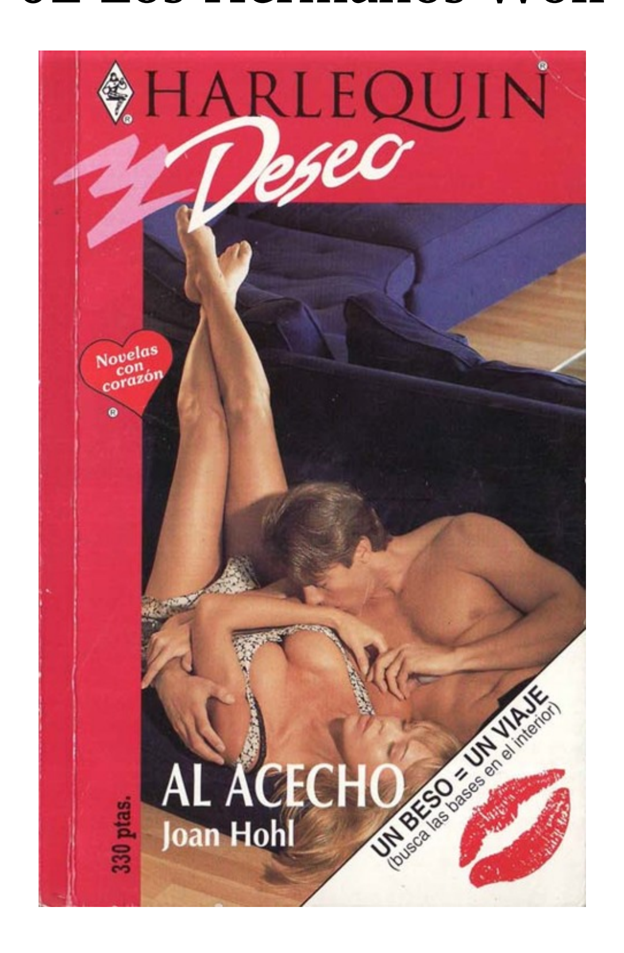


HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
AL ACECHO
Joan Hohl
330 ptas.
UN BESO = UN VIAJE
(busca las bases en el interior)

Al acecho
Joan Hohl
02 Los Hermanos Wolf



Argumento:

El agente de policía Eric Wolfe conocía todos los detalles de la vida de Tina, hasta los más íntimos, sin haber pasado una sola noche con ella. Ella era una sospechosa y Eric lo sabía todo acerca de sus sospechosos. ¿Pero sería realmente una delincuente? Una manera de saberlo era que Eric dejara de observarla y empezara a tratarla…

Capítulo 1

Ella le cortaba la respiración.

Eric Wolfe aspiró profundamente y vio a la joven salir de la casa y dirigirse por el camino empedrado hacia la acera, para luego caminar directamente hacia donde él fingía reparar su motocicleta, en el sendero de entrada de una residencia próxima.

La joven rubia era de pequeña estatura, pero cada centímetro de su cuerpo estaba cargado de dinamita femenina.

Sus facciones delicadas armonizaban perfectamente en su rostro ovalado. Sus ojos de color castaño oscuro, bordeados por unas pestañas increíblemente largas, le daban una llamativa apariencia de inocencia.

Eric esbozó una sonrisa cínica.

Su nombre era Christina Marianna Kranas. Sus amigos la llamaban Tina. Rara vez salía con alguien en concreto y, sin embargo, era obvio que le encantaba salir de noche y pasárselo bien. Y tenía muchas amigas y amigos.

Eric no se contaba entre ellos. Él era un vecino, un vecino relativamente nuevo y provisional. Pero Eric sabía todo lo que debía saberse sobre ella.

Originaria de Filadelfia, Christina Kranas tenía veintiséis años. Cinco años atrás se casó, pero su matrimonio no funcionó. El hombre tenía antecedentes penales; había sido detenido varias veces, pero nunca lo habían mandado a prisión. No había suficientes pruebas. Christina había declarado que no sabía nada acerca de sus desavenencias con la ley.

Eric se reservaba su juicio sobre esa declaración.

El matrimonio se había disuelto rápido, apenas duró año y medio. No tuvieron hijos. Christina había conseguido el divorcio hacía casi cuatro años.

Eric sabía que su ex—marido seguía visitándola periódicamente… a ella y a su mejor amigo, que casualmente vivía en la casa de enfrente, la casa que Eric tenía bajo observación.

El ex—marido era un tipo bien parecido llamado Glen Reber. En cuanto consiguió el divorcio, Christina había vuelto a usar su apellido de soltera.

También había asumido la responsabilidad por la hipoteca de la pequeña casa de las afueras de Filadelfia. Christina poseía y administraba una elegante floristería en el centro de la ciudad.

La joven medía exactamente un metro cincuenta y cinco centímetros. Pesaba unos cuarenta y seis kilos y medio. Eric conocía todos los datos personales de Christina porque su trabajo consistía en

eso, en conocerlos; formaba parte de su actividad profesional grabarse en la memoria la más mínima información que pudiera conseguir de un sospechoso.

Se tomaba muy en serio su trabajo; siempre había sido así, y más después de la muerte de su padre a manos de un traficante de cocaína en un asunto de drogas, hacía ya tres años.

En ese momento Christina se dirigía hacia la parada del autobús de la esquina, porque su coche estaba en el taller desde hacía tres días para una revisión. Y la presencia de Eric en su camino en ese preciso momento de la mañana no era una mera coincidencia.

Recorrió con la mirada a Christina conforme ésta se fue acercando hacia él. Su atuendo era informal y a la vez elegante. Tenía buen gusto. Esa observación no era algo nuevo. Él ya había llegado a esa conclusión nada más verla por primera vez, lo cual había ocurrido hacía aproximadamente una semana, el mismo día en que se mudó al apartamento de soltero que se encontraba encima del garaje de la casa de tres dormitorios.

Eric también había llegado a la conclusión de que ver a Tina era una agradable compensación a los inconvenientes de su trabajo como agente secreto de la policía.

Eric era bueno en la profesión que había escogido; además, le gustaba ser policía. La afición le venía de familia. Generaciones de Wolfe habían servido a la ley de una forma u otra. Tercero de cuatro hermanos, todos al servicio de la ley, Eric había sido el único en seguir a su padre en las fuerzas de policía de Filadelfia.

Se había ofrecido de manera voluntaria para trabajar como agente secreto en el departamento de narcóticos después de que su padre muriera en el cumplimiento del deber.

Pero en ese caso Eric estaba trabajando por cuenta propia; oficialmente estaba de vacaciones. Las había pedido después de recibir una comunicación de uno de sus confidentes, una comunicación que había encendido su furia.

El confidente le había dicho que se rumoreaba que unos traficantes, aparentemente una convencional pareja de clase media, se dedicaban a hacer negocios desde su casa en aquella tranquila comunidad, a pocos minutos del centro de la ciudad.

Aunque importante, esa información no fue lo único que motivó a Eric. Fue la declaración del confidente de que esos traficantes habían sido los proveedores del hombre que mató al padre de Eric.

Eric quería vengarse, y no quería que el departamento cuestionara sus métodos. A pesar de que era consciente de que podría ser cesado si se metía en líos, había decidido tomarse unas vacaciones para

investigar.

Por eso se encontraba allí, solo. Ya llevaba una semana vigilando a Christina. Se había hecho notar y había llamado suficientemente la atención con su motocicleta, pero todavía no había intercambiado una sola palabra con ella.

«Este es el día», se dijo.

Sacando un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón, Eric se irguió lentamente en toda su estatura. Y exhibió su sonrisa más encantadora mientras se secaba las manos con el trapo.

—Buenos días —dijo cuando ella pasó delante de él.

Christina se sobresaltó, como si el sonido de su voz la hubiera sacado bruscamente de su ensimismamiento.

—Ah… buenos días—esbozó una sonrisa mientras fruncía levemente el ceño.

—Bonito día —observó Eric evitando que ella siguiera adelante—. Demasiado cálido para ser noviembre.

—Sí… eh, así es… —Christina dio un paso adelante para continuar su camino.

—¿Quieres que te lleve? —su ofrecimiento la hizo detenerse otra vez—. Creo que por fin he arreglado esta cosa —señaló la motocicleta — Voy al centro.

—Eh… creo que no, gracias.

—Está limpia —Eric señaló su reluciente máquina—. Y tengo otro casco.

—La verdad no, yo…

—Ahí va tu autobús —con la cabeza Eric señaló la parada de la esquina—. Perdona. Creo que lo has perdido por mi culpa —alzó las cejas—. ¿Cuándo pasa el siguiente?

Christina suspiró.

—Dentro de media hora.

—Mi ofrecimiento sigue en pie —señaló solícito.

Christina se quedó inmóvil e indecisa durante varios segundos, y luego volvió a suspirar.

—Está bien, gracias.

Eric se volvió para dirigirse al garaje con una sonrisa de satisfacción.

—Espera un segundo… voy a por el casco.

Conteniendo otro suspiro, Christina se quedó mirando la resplandeciente motocicleta. Una moto grande y peligrosa, conducida por un hombre al que no conocía.

«Esto no está bien, Tina», se dijo a sí misma, aunque el hombre en cuestión pareciera la versión contemporánea de un dios griego en

persona.

Christina sintió un ligero estremecimiento. Aquel hombre era realmente atractivo: ojos de un azul claro cristalino, cabello de color castaño dorado, pómulos salientes, nariz recta y aristocrática, una mandíbula fuerte y cuadrada y unos labios que reflejaban la promesa de infligir un infinito placer… o dolor.

De repente, Tina se preguntó en qué se estaba metiendo. ¡Ni siquiera sabía su nombre! Y con su uno noventa, literalmente la doblaba en estatura.

Además, no había un solo gramo de grasa en su cuerpo delgado y musculoso.

Y ella había aceptado subirse con él en esa monstruosa máquina. ¿Acaso estaba loca?, se preguntó Tina mirando a su alrededor como si buscara una salida. Si tuviera algo de sentido común se iría en ese mismo momento, y si fuera necesario llegaría corriendo al centro de la ciudad.

—A propósito, me llamo Eric.

Christina se sobresaltó al oír el sonido de su voz, pero logró contener una exclamación de sorpresa al verlo junto a la moto, con la cabeza cubierta por un casco negro. Volvió a pensar que estaba demasiado atractivo con su suéter de lana gris y sus pantalones ajustados.

—Eric… Wolfe. Solamente llevo una semana en este barrio.

—Ah…. ¿cómo te va? —preguntó ella mientras le tendía la mano.

La mano de Eric, grande y de largos dedos, se cerró sobre la suya provocándole un intenso estremecimiento.

—Yo soy Christina Kranas —repuso ella—. Vivo a tres casas de aquí.

—Ya lo sé.

Esa sencilla respuesta intensificó el nerviosismo de Tina.

—¿De verdad? —ella trató de adoptar un tono de voz despreocupado.

—Claro. No he podido menos que advertir tu presencia… todas las veces que he estado aquí afuera, reparando la moto, ¿sabes?

—Ah —Tina se relajó un poco; esa explicación le parecía razonable y se preguntó cómo su presencia podía haberle pasado desapercibida a ella.

—¿Chris para abreviar?

Esa pregunta la sorprendió.

—¿Chris? —frunció el ceño y luego sacudió la cabeza al entender —. No. Tina.

—Mmm, claro —esa vez la voz de Eric reflejaba diversión—. Bien,

entonces Tina… —hizo un gesto con la mano—… ¿estás lista para irnos?

—Sí… supongo —incluso ella misma podía advertir la falta de convicción en su tono.

—Esta moto es muy segura —dijo él mientras le entregaba el casco.

—Eh… parece muy potente —comentó ella.

—Así es —levantó el visor de su casco y le sonrió—. Pero yo puedo manejar a la bestia.

A pesar de su temor, Christina sonrió; a ese hombre no le faltaba encanto.

—Bueno… está bien —tomando aire agarró el casco y se lo puso, teniendo cuidado de no desarreglarse el impecable moño con que se había recogido el cabello. Y se quedó sorprendida por la perfecta visibilidad que tenía a pesar del visor oscuro—. Eh… ¿cómo me subo?

—Así —todavía sonriendo, Eric pasó su pierna derecha sobre la motocicleta—. Vamos. Llevas pantalones.

«Pues adelante», se dijo Tina pasando una pierna por encima de la máquina, aunque su movimiento no fue tan ágil como el de Eric. Cuando estuvo lista, él se bajó el visor del casco.

—Muy bien, colócate detrás de mí. Luego te agarras a mi cintura, a mi cinturón… o a lo que quieras.

Tina se fijó en el tono de voz que empleó al pronunciar «lo que quieras», pero siguiendo sus instrucciones optó por el cinturón.

—A propósito, ¿a dónde quieres ir?

—Ah, puedes dejarme donde quieras cerca de Wannamaker's.

Eric encendió el motor; la máquina cobró vida y en un instante estuvo en la calle y giró a la izquierda.

Tina dejó escapar una exclamación ante aquel movimiento repentino, se agarró con más fuerza y cerró los ojos mientras Eric maniobraba la moto a través del tráfico.

Cada músculo del cuerpo de Tina temblaba cuando por fin Eric detuvo su moto frente a uno de los escaparates de la tienda Wannamaker's.

—Gra… gracias —todavía temblando, Tina bajó de la moto. Con los pies de nuevo en tierra firme, se quitó el casco y se lo entregó.

Él lo aceptó con un «cuando quieras»; luego hizo una pausa y añadió:

—Es decir, cuando quieras y yo esté libre como ahora.

—¿El viernes es tu día libre?

—No —repuso él sacudiendo la cabeza—. Estoy de vacaciones —levantó una ceja—. ¿Tú trabajas por aquí?

—Sí. Tengo una floristería en la calle Chestnut —Tina le lanzó una mirada de pura envidia—. Ojalá yo pudiera tomarme unas vacaciones, pero con la temporada de verano cerca no puedo permitirme ese lujo —suspiró. Entonces consultó su reloj—. Tengo que irme. Gracias otra vez.

—De nada —Eric la saludó con la mano y se alejó a bordo de su potente moto, dejándola a ella allí parada, suspirando y viéndolo alejarse.

Sacudió la cabeza y con cuidado dio un paso; aún le temblaban las piernas por la loca carrera a través de las calles. Pero al mismo tiempo se sentía más viva, más vibrante de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo.

Lo cual no tenía nada que ver con el calor que le había quedado en los muslos después de haberlos presionado con fuerza contra las estrechas caderas de Eric Wolfe, se dijo Tina mientras cruzaba a toda prisa la calle.

Eric seguía sintiendo la presión de las piernas de Tina en sus caderas.

Sorteando el tráfico de la ciudad, sonrió detrás del visor de su casco. Saboreaba a placer aquella sensación física.

Por las crecientes exigencias de su trabajo, hacía bastante tiempo que Eric no disfrutaba de una sensación semejante. Se dijo que, debido a ese celibato obligatorio, las reacciones que en ese momento estaba experimentando eran perfectamente normales, aunque demasiado intensas. Por supuesto que eran intensas, ya que recorriendo sus muslos convergían en la zona más vulnerable de su cuerpo.

Eric aprovechó el semáforo en rojo para meditar sobre sus reacciones físicas. ¿Todo aquello se debía al simple contacto de Tina contra sus muslos?, se preguntó mientras aceleraba con impaciencia. ¿Y qué pasaría, qué se sentiría al acariciar sus suaves muslos, piel contra piel?

«Mantén la cabeza en el trabajo, Wolfe», se dijo Eric moviéndose sobre el asiento de la moto para relajar la tensión de su cuerpo.

«El trabajo, ¡diablos!», exclamó para sí. El trabajo en el que andaba ahora estaba relacionado con la posesión y el tráfico ilegal de drogas. Un negocio sucio en el que con toda probabilidad había de por medio millones de dólares.

Y estaba casi seguro de que ese negocio se estaba desarrollando en aquella convencional casa de clase media, a tres casas del apartamento al que él se había mudado.

De lo que no estaba tan seguro Eric era del grado de relación de Christina Marianna Kranas con aquel sucio negocio.

Esa pregunta estaba tan grabada en su mente como el recuerdo de las piernas de Tina pegadas a su cuerpo.

—¡Ay!

—¿Estás bien, Tina? —Susan Grant asomó la cabeza por la puerta de la trastienda.

—Sí —disgustada consigo misma, Tina se llevó un dedo a la boca —. Me he pinchado un dedo con el alfiler de un ramillete.

—Durante toda la mañana has estado como ausente —dijo Susan mientras entraba en la trastienda—. ¿Pasa algo?

«No algo, alguien», se dijo Tina.

—No, creo que sólo estoy un poco torpe hoy.

Susan le dirigió una sonrisa maliciosa.

—¿Pensando en esta noche… y Ted Saunders?

—Bueno… tal vez —mintió Tina emitiendo una risa forzada y volviéndose hacia su mesa de trabajo. No había pensado ni una sola vez en esa noche ni en su cita con Ted. De hecho, hasta que Susan se lo recordó, se había olvidado de que había concertado una cita para esa noche. Se preguntó entonces por qué había aceptado salir con Ted.

Tina frunció el ceño. Claro, su coche estaba en el taller. Por esa razón no la consideraba una cita real… aunque Ted llevaba semanas insistiendo en que salieran juntos. Y ella lo había rechazado siempre.

Y lo habría rechazado otra vez cuando la llamó la tarde anterior, pero en realidad Ted no le había pedido formalmente que salieran juntos. El simplemente le había preguntado si pensaba ir a la habitual reunión de los viernes con su grupo de amigos, en el pub. Ella le había dicho que sí. Y sabiendo que tenía el coche en el taller, Ted se había ofrecido a llevarla. A pesar de que era consciente de las intenciones que albergaba hacia ella, Tina había aceptado, agradecida.

Aún no tenía intención de llegar más allá de una simple relación de amistad. No le interesaba ningún hombre. Ya estaba escarmentada de eso.

No, la perspectiva de esa noche no era la causa de su estado de ánimo, reconoció Tina mientras preparaba un elegante ramillete. La verdadera causa de su distracción medía uno noventa, y poseía una maligna sensualidad.

Eric estaba aburrido. Aburrido y disgustado. No pasaba absolutamente nada en la casa del otro lado de la calle.

Dejó su puesto detrás de la ventana de la minúscula sala del apartamento, entró en la todavía más pequeña cocina y abrió la nevera. La vista era desoladora.

Eric suspiró. Había media hogaza de pan duro; un pedazo de carne

ya reseco; un pequeño recipiente conteniendo dos aceitunas; un cartón de leche y algunos pastelillos.

Se dijo que no eran exactamente los ingredientes de una cena bien balanceada. Volvió a suspirar y cerró de golpe la nevera. Realmente debió haber pasado por el supermercado cuando volvió de la ciudad esa mañana… pero entonces no le había preocupado nada su estómago. Su preocupación se había concentrado en otra región de su anatomía.

«¿Irá Tina al pub esta noche?» Durante todo el día había tenido esa pregunta en la mente. Por el informe detallado que tenía de ella, cortesía de su hermano mayor, Cameron, agente del FBI, Eric sabía que Tina solía reunirse los viernes con sus amigos en un pub del barrio.

También sabía Eric que en dicho pub servían unos filetes bastante decentes con ensalada y patatas fritas. También había oído que la pizza de allí era de primera. Le encantaban los filetes con patatas fritas y también las buenas pizzas.

Cuando su estómago gruñó, Eric esbozó una maliciosa sonrisa.

«¿Por qué no?», se preguntó.

Capítulo 2

Destacaba sobre el resto de la gente como un faro en una playa oculta por la niebla. La luz del local arrancaba reflejos rojizos a su cabello.

Tina vio a Eric Wolfe en el mismo instante en que entró, y se dedicó a observarlo con disimulo.

Eric se encontraba al final de la barra. Iba vestido de manera informal, como esa misma mañana, pero llevaba unos pantalones más nuevos y otro suéter. En su mano derecha sostenía una botella de cerveza que bebía de cuando en cuando mientras observaba a la bulliciosa multitud reunida en el pub.

—¿Los ves?

Tina se sobresaltó al escuchar la voz de Ted cerca de ella. Fue entonces cuando se acordó de sus amigos. Con un esfuerzo apartó la vista de la figura que estaba al final de la barra para centrarla en la esquina más distante de la habitación, donde por lo general se sentaba con sus amigos ocupando dos mesas.

Allí estaban, los ocho. Dos de las mujeres y uno de los hombres alzaban las manos para llamar su atención.

—Sí —respondió Tina—. Allí al fondo, en el lugar de siempre.

—Deja que yo me adelante. Voy a abrirte camino.

Mientras seguía a Ted por entre las mesas, abriéndose paso entre los cuerpos apretados, Tina recordó el paseo en moto de esa mañana y al hombre que la conducía. Miró de reojo hacia la barra y parpadeó sorprendida al darse cuenta de que Eric ya no estaba allí. Entonces chocó contra un hombre que estaba a punto de levantarse de su silla.

El hombre la golpeó en el pecho con el hombro, empujándola hacia atrás. Sin darse cuenta de lo que sucedía detrás de él, Ted siguió caminando hacia la esquina donde se encontraban sus amigos. Christina gritó al darse cuenta de que perdía el equilibrio.

Pero un brazo fuerte la sostuvo por la cintura evitando su caída y haciéndole sentir algo parecido a una descarga. Comprendió quién era su salvador antes de que pudiera escuchar su voz profunda.

—No tengas miedo. Estás bien.

Tina no sabía si sentirse molesta o divertida; lo que sí sabía era que se sentía muy protegida y a salvo.

—Gra… cias —replicó ella tratando de tomar aliento—. Cualquiera puede perecer aplastado en esta multitud.

La sonrisa de Eric volvió a quitarle el aliento.

—No ha sido nada —sin retirar el brazo de su cintura, Eric examinó con la mirada la habitación. Luego volvió a mirarla y le preguntó levantando una ceja—. ¿A dónde ibas?

—Allí —Tina señaló la esquina con un vago movimiento de la mano.

—¿Qué le ha sucedido a tu acompañante? ¿Te ha abandonado en este zoológico?

—Me estaba abriendo paso.

La sonrisa de Tina era a la vez irónica y divertida. Vio que casi todos sus amigos se habían puesto de pie y que charlaban animadamente, mirando en su dirección. Ted se encontraba cerca de la mesa y su expresión delataba confusión y consternación.

—Me parece que tus amigos empiezan a inquietarse —observó Eric.

—Sí… bueno, será mejor que me reúna con ellos.

Tina dio un paso hacia adelante esperando que él retirara el brazo, pero él no sólo no lo hizo, sino que empezó a caminar llevándola consigo.

—Esta vez yo te abriré paso.

La intimidante estatura de Eric, junto con su aire de seguridad y determinación, hacían que los clientes se apartaran para dejarlo pasar.

—Tina, ¿qué ha pasado? —le preguntó Ted mirando a Eric con desconfianza cuando llegaron a la mesa.

—No ha sido nada —ella trató de no dar importancia al incidente.

—Pudo haber resultado herida.

Tina se estremeció al percibir el tono recriminatorio de la voz de Eric, y sintió que Ted se sobresaltaba ante su mirada acusadora.

—Pero no ha sido así —intervino ella—. Así que olvidémoslo —trató de reír y se dirigió a sus amigos—. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre.

—El remedio está en camino —dijo uno de ellos—. Ya hemos pedido la pizza y llegará en cualquier momento.

—Bien —Tina sonrió y se volvió hacia Eric—. Gracias otra vez. Yo… —intentó despedirlo de una manera amable y cortés.

—Hemos pedido una pizza bastante grande —una voz femenina la interrumpió—. ¿Le gustaría unirse a nosotros, señor…?

—Eric Wolfe. Y podemos tutearnos —repuso él tendiendo la mano al hombre que tenía más cerca.

—Bill Devine —estrechó la mano de Eric y con la cabeza señaló a la joven que estaba junto a él, la que había iniciado las presentaciones —. Ella es Nancy Wagner.

«¡Nancy… supuestamente mi mejor amiga!», pensó Tina mientras continuaban las presentaciones.

—Wayne Fritz.

—Georgine Cutler.

—Mike Konopelski.

—Vincent Forlini.

—Helen Elliot.

—Louise Parsons.

—Ted Saunders.

La sonrisa de Eric se desvaneció cuando el círculo se completó con Ted. Su voz adoptó un ligero timbre de desdén, y el apretón de sus manos fue insultantemente breve.

—Saunders.

Un silencio tenso se abatió sobre el grupo. Ted se ruborizó intensamente, y Tina no pudo menos que compadecerse de él. Lo único que Eric había hecho era repetir el nombre de Ted; sin embargo, la manera en que lo hizo tenía la fuerza de un puñetazo.

Pero la compasión e incomodidad de Tina no tardaron en convertirse en impaciencia e irritación. Con su actitud, Eric había estropeado la atmósfera amistosa del grupo que se reunía cada semana. Molesta, abrió la boca para hacer que se retirara amablemente. Pero no llegó a pronunciar palabra alguna.

—¡Alegrad esas caras, chicos! —la orden fue lanzada por el camarero que se acercaba hacia ellos con una enorme bandeja en las manos—. ¡Pizza!

Al oler su aroma, a Tina se le hizo la boca agua y recordó que no había comido. Levantó la cabeza para mirar a Eric a los ojos y logró esbozar una sonrisa; una vez más, intentó despedirlo.

—Ah… gracias otra vez. Yo… —y una vez más no logró su cometido.

—¿Qué dices, Eric? —le preguntó Mike desde el otro lado de la mesa—. Hay mucho espacio, y pizza suficiente. ¿Quieres unirte a nosotros?

Parecía que el momento de silencio tenso había terminado. Evidentemente, Tina sabía muy bien que sus amigos nunca se quedaban en silencio durante mucho tiempo. Eran demasiado alegres y llenos de vida. Miró con los ojos entrecerrados a Eric evitando expresar su oposición a que se uniera al grupo.

—Claro, ¿por qué no? —Eric se encogió de hombros, sonriendo—. Gracias.

Ted se dispuso a acercarle una silla a Tina, pero Eric fue más rápido. Con un movimiento aparentemente involuntario, se volvió bloqueándole el paso a Ted. Apartó una silla y con la otra mano le acercó otra a Tina. En el momento en que ella se sentó, él lo hizo a su lado. Y Ted tuvo que quedarse en el único lugar que quedaba libre: entre Mike y Helen, al otro lado de la mesa.

—Espero que te guste esta pizza, Eric —dijo Bill sonriendo.

—Me gusta como sea con tal de comérmela —miró a Tina de una manera que sugería algo más íntimo que una pizza—. Pero me gusta más condimentada y muy caliente.

Ignorando la respuesta que sintió por dentro, Tina le dirigió una mirada de advertencia antes de volverse hacia otro lado.

—¿A qué esperamos? —dijo Helen desde el otro lado de la mesa.

Entre estallidos de risas y conversación animada desaparecieron las rebanadas. Cuando resultó evidente que su apetito no había quedado satisfecho, pidieron más pizza y bebidas. Era una noche habitual de viernes.

«No tan habitual», pensó Tina. En una noche habitual de viernes ella podía relajarse de las tensiones del trabajo, y no aumentarlas por la sensación de un muslo duro contra su pierna, un hombro musculoso tocándole el brazo y unos cristalinos ojos azules tratando de leerle el pensamiento.

El apetito de Tina por la pizza desapareció para ser sustituido por otro tipo de apetito. Logró comerse dos rebanadas forzándose a masticar y a tragar.

A su lado, Wolfe devoró media docena de rebanadas entre tragos de cerveza. Nada malo le ocurría a su apetito, pensó ella mirándolo de reojo.

Eric sonrió interpretando correctamente su mirada y se encogió de hombros.

—Tenía hambre —dijo él presionando más su muslo contra el de ella—. Y todavía tengo —murmuró en voz más baja—. Pero no de pizza.

Tina se estremeció. Se puso tensa y fría por fuera… y cálida y suave por dentro.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué clase de fuerza sensual poseía Eric Wolfe para afectarla sin ningún esfuerzo de esa manera? No había experimentado esa atracción carnal desde…

Los pensamientos de Tina se detuvieron para luego acelerarse quemándola con la verdad. Nunca antes en su vida había experimentado un apetito carnal tan profundo. Ni siquiera con su marido. Ni en su noche o día más potente, Glen había logrado excitarla como Eric Wolfe lo había conseguido con miradas, murmuraciones y la ligera presión de su muslo y hombro contra su cuerpo.

Era muy raro. No debía tolerarlo, decidió Tina acercándose más a Vincent. No le gustaban sus propias reacciones.

—¿Otra copa?

Tina se sobresaltó. Pestañeó y se volvió hacia Eric.

—Eh… ¿qué?

—¿Quieres otra agua mineral? —él inclinó su vaso vacío.

Tina miró sorprendida el vaso, preguntándose cuándo se había tomado la bebida y por qué seguía sintiendo la garganta seca.

—El camarero está esperando —la voz de Eric llamó su atención—. ¿Quieres otra?

—No. Gracias —de pronto Tina se sintió muy cansada por el caos interior que le había causado aquel hombre demasiado atractivo, demasiado sexy—. Ha sido un día largo —«que empezó con una carrera en moto», pensó—. Me gustaría irme a casa.

—Te llevo.

«¿En ese monstruo plateado y negro?», se preguntó Tina y negó con la cabeza.

—No, tú no. He venido con Ted y me iré con él.

—Sí, ¿pero cuándo? —Eric miró a Ted y después a ella.

Tina se inclinó para mirar al otro extremo de la mesa, donde Ted estaba sosteniendo una acalorada discusión política con Helen, Mike y Louise. En ese momento el camarero colocó una botella de cerveza frente a él. Era obvio que Ted aún no pensaba irse; después de todo, todavía era temprano.

—Cuando sea —Tina se encogió de hombros con un gesto de indiferencia que realmente no sentía—. Creo que sí me voy a tomar otra agua mineral.

«Fantástica. Christina Kranas es una muñequita fantástica», pensó Eric. Ocultando una sonrisa irónica, se volvió para llamar al camarero.

Poco después se volvió hacia ella otra vez, pero Tina le estaba dando la espalda mientras participaba en una conversación con Vincent y Bill.

Apoyado en el respaldo de su silla, Eric escuchó la conversación acerca de la temporada actual de fútbol americano y de los distintos equipos, principalmente Las Águilas de Filadelfía. Mientras tanto, realizaba su trabajo profesional de analizar a los miembros del grupo más cercano a Tina.

Parecían bastante normales. Todos eran norteamericanos, de edades que oscilaban en torno a los veinticinco años, de clase media, bien educados, motivados. En suma, eran convencionales, normales, inocentes.

«Tal vez», pensó Eric.

Pero tal vez no. Él mismo no seguía vivo precisamente por confiar en deducciones fáciles de ese tipo. Y ahora no iba a empezar. Aunque le pesaba tener que hacerlo, tendría que regresar a la fuente de

información de un agente especial del FBI, su hermano, Cameron Wolfe, mejor conocido por sus compañeros como «Leone» Wolfe.

Eric estaba preparado para soportar sus burlas acerca de que un agente de la policía acudiera otra vez mendigando información a un agente federal. Las burlas de su hermano no eran nada nuevo, y era un precio que Eric estaba más que dispuesto a pagar.

Volvió a tomar otro trago de su botella de cerveza. Era la segunda de la noche… la segunda y la última.

Sabía muy bien que no debía sobrepasarse. Un policía borracho era todavía más inútil que un borracho cualquiera, y potencialmente mucho más peligroso… para él mismo, para el cuartel y para los demás, fueran culpables o inocentes.

—¿No quieres otra cerveza, Eric? —preguntó Bill—. Llevas con esa casi desde que te sentaste. Todos los demás ya vamos por la cuarta.

«¿De verdad?», se preguntó Eric mentalmente, v sonrió.

—Dos es mi límite. No puedo beber más, se me sube a la cabeza.

—Gallina —intervino Vincent—. Yo podría beber toda la noche sin marearme siquiera.

—Sí, lo único que no puedes hacer es conducir —repuso Bill.

—No tengo que hacerlo —Vincent se encogió de hombros—. Tenemos una abstemia en el grupo.

Por los informes que le había proporcionado su hermano, Eric sabía que Tina rara vez tomaba bebidas alcohólicas. Lo que no sabía era que era el chófer oficial de los miembros menos prudentes del círculo de amigos. Entonces él volvió a alzar una ceja.

—Entonces eres la R. B. oficial, ¿no?

—¿La R. B.?

—La recoge—borrachos —contestó Eric sonriendo.

—Oye, eso me afecta a mí —Vincent protestó en voz muy alta para que pudieran escucharlo por encima de las carcajadas de Bill.

—Perdona, no he querido ofenderte —a pesar de ofrecerle sus disculpas a Vincent, mantenía la mirada fija en Tina.

—No me importa —se apresuró a replicar ella—. Eso no pasa muy a menudo… y ellos son mis amigos. Y prefiero conservarlos vivos.

—Buena chica —exclamó Vincent levantando su botella para brindar por ella, mientras miraba a Eric a los ojos—. Ella no quiere ver este hermoso rostro y cuerpo destrozados y calcinados sobre un montón de hierros.

—Oh, hermano —exclamó Bill alzando los ojos al cielo.

—No, es verdad —intervino Tina con una sonrisa maternal—. No quiero ver a ninguno de mis amigos o a nadie destrozado o calcinado.

Eric sintió un pequeño nudo en la garganta por la calidez de su

sonrisa y por el tono preocupado de su voz. No era la voz o la imagen de una mujer relacionada, aunque fuera superficialmente, en el tráfico de drogas.

«Cuidado, Wolfe», se advirtió a sí mismo tomando otro sorbo de cerveza. Él mejor que nadie sabía lo mucho que podían engañar las apariencias.

«Este grupo, por ejemplo», pensó deslizando la mirada de la expresión tierna de Tina a todos los ocupantes, de las dos mesas.

Todos parecían perfectamente normales, típicos ciudadanos respetuosos de la ley. ¿Pero lo eran? «Ah, he ahí la pregunta», pensó Eric, mientras se reía de las bromas de Bill. Estaba en una posición particularmente adecuada para darse cuenta de que las apariencias frecuentemente no reflejaban la realidad.

Por los retazos de conversación que captó durante el proceso de desaparición de la pizza, la cual había sobrepasado a su fama, Eric descubrió que los amigos de Tina tenían ocupaciones muy diversas: había carpinteros, empleados y pequeños empresarios. Todo parecía muy normal.

«Tal vez», pensó Eric. Aparentando despreocupación, examinó las caras que lo rodeaban. Pero por otro lado, razonó, a aquella variedad de individuos con diversas ocupaciones no les sentaría nada mal el aumento de ingresos que proporcionaba el tráfico de sustancias ilegales.

Eric tenía el firme propósito de conseguir toda la información necesaria a la mañana siguiente o en cuanto Cameron pudiera dársela.

Aunque la investigación podría resultar innecesaria. Eso era lo que esperaba él; estaba disfrutando de la compañía de aquellos jóvenes.

Mientras tanto, continuaba el interrogante sobre Tina. «¿Estaría mezclada en un lío de narcóticos?», se preguntaba Eric.

Su delicada risa lo sacó de su meditación y de reojo observó su perfil. Tina estaba mirando a Nancy, que se encontraba al final de la segunda mesa, y se reía por algo que había dicho la otra joven. Una vez más Eric sintió ese extraño nudo en la garganta.

¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente atractiva?, se preguntó mientras la observaba con aparente desinterés. El problema era que no había nada de desinteresado dentro de él.

Con sólo ver a Tina se reactivaba el recuerdo de sus muslos pegados a sus caderas.

«Maldición», se dijo Eric dejando escapar un largo y lento suspiro y se movió incómodo en su silla. ¿Qué tenía de particular aquella mujer? Eric la recorrió con la mirada desde la brillante melena rubia hasta los tobillos que asomaban por debajo de sus pantalones de lana.

«Es atractiva… de acuerdo, es más que atractiva», aceptó él. Su pequeña estatura encerraba un gran encanto. Su rostro, aunque no era el de una belleza clásica, tenía unas facciones bien delineadas, encantadoras, con una masa de cabello dorado que contrastaba con sus ojos de color castaño, bordeados por largas pestañas. La nariz era pequeña y recta y tenía unos labios sensuales hechos para ser besados.

Eric contuvo un gemido y volvió a moverse incómodo. ¿Qué demonios estaba haciendo consigo mismo? Ahora no sólo estaba excitado, sino que también había perdido por completo el hilo de la conversación.

Tal vez ya era hora de salir de allí, pensó. Para respirar aire fresco. Para descansar.

Llevándose una mano a la boca Eric fingió un bostezo.

—Bueno, yo no sé vosotros, chicos —retiró su silla de la mesa y también de Tina—, Pero yo ya estoy listo para irme a la cama.

—Sí, yo también —replicó Bill bostezando de verdad—. Mañana tengo que trabajar.

Tres más estuvieron de acuerdo en que ya era hora de irse, porque también tenían que trabajar. Los otros miembros del grupo protestaron. Tina permaneció en silencio, pero dirigió a Ted una mirada de súplica.

—Pero si no es tan tarde… —señaló Helen.

—Sólo pasan algunos minutos de las doce —dijo Mike mirando su reloj.

—Podemos quedarnos un poco más —Ted pareció no advertir la mirada que le dirigía Tina—. Tú no quieres irte, ¿verdad, Tina?

—Si no te importa, Ted —suspiró—. Estoy cansada y tengo muchos encargos que hacer para mañana por la mañana.

Ted frunció el ceño. Pensando que era una buena oportunidad, Eric intervino.

—Yo puedo llevar a Tina, Ted, si tú quieres quedarte. Vivo en la misma calle que ella.

—¿Ah, sí?

—Sí —Eric sonrió—. Me mudé hace dos días.

—Bueno… —empezó a decir Ted con tono vacilante.

—No —la sonrisa de Tina era amable, pero su tono reflejaba decisión—. Podemos quedarnos un poco más, Ted.

Todos se despidieron y Eric se volvió para marcharse. Al hacerlo advirtió un brillo de triunfo en los ojos de Tina.

«Crees que has ganado, ¿no?», dijo mentalmente Eric cuando se dirigía a la salida, esbozando una sonrisa. «Tina, cariño, has ganado solamente una pequeña batalla. Vamos a ver quién gana la guerra».

Capítulo 3

El autobús pasó por encima de un bache. Los pocos pasajeros que quedaban casi terminaron en el suelo.

La sacudida hizo que a Tina le dolieran más las sienes. Esa mañana, al salir de su casa, era un dolorcillo apenas molesto. «Por no dormir bien», se había dicho cuando se levantó de la cama con gran esfuerzo para meterse en el baño.

La ducha no le había revivido el cuerpo aletargado ni le había aliviado el dolor de cabeza. Tampoco le había ayudado mucho pensar que debió haberle insistido a Ted que la llevara a casa a una hora razonable. Ella no había insistido; Ted y los otros se quedaron mucho tiempo después de que los demás se hubieran ido, charlando y bebiendo hasta que el encargado prácticamente los echó. Y después todavía no pudo irse directamente a su casa, porque había asumido la responsabilidad de llevar a Ted y a los otros a sus hogares.

Luego, después de interminables despedidas, era ya muy tarde cuando Tina se metió en la cama.

Cuando salió de su casa esa mañana, vio el coche de Ted aparcado enfrente. Aunque él había insistido en que lo usara para ir al trabajo, Tina se negó a hacerlo; no quería tener la responsabilidad de conducir ese coche nuevo durante las horas punta de la mañana y de la noche.

Y en consecuencia, le había supuesto un gran esfuerzo levantarse esa mañana de la cama y dirigirse a la parada del autobús.

Más de una vez pensó que debió haber aceptado el ofrecimiento de su vecino de llevarla a casa. Pero al instante desechaba ese pensamiento.

Eric Wolfe era demasiado bien parecido, demasiado encantador, demasiado… demasiado masculino. Con sólo pensar en él, el pulso se le aceleraba y se quedaba sin aliento.

Y simplemente no era propio en ella reaccionar así con un hombre… con cualquier hombre. Su propia respuesta sensual la confundía; ¿acaso no la había acusado su ex—marido de ser frígida?

Y después de meditar sobre su falta de respuesta hacia Glen, y a los intentos de otros hombres después de su divorcio, ¿no se había visto forzada a aceptar la validez de esa acusación?

Desgraciadamente, Tina tenía que admitir que la respuesta a sus preguntas tenía que ser «sí».

Pero si eso era cierto, ¿por qué su mente se empeñaba en recordar a un hombre al que apenas conocía? Precisamente al hacerse esa pregunta el dolor de cabeza se le hizo más intenso.

Para empeorar las cosas, ese día el trabajo en la tienda fue muy intenso y requirió toda su atención, por lo que el dolor de cabeza se

volvió insoportable. A las seis y media de la tarde lo único que quería hacer era tomarse dos aspirinas y meterse en la cama para dormir, y para dejar de pensar en Eric. Pero primero tenía que llegar a casa.

El autobús se detuvo. Tina dejó escapar un suspiro de alivio; la siguiente parada era la suya. Adormilada, pensó que quizás un poco de ejercicio y el tiempo fresco del otoño podrían servirle como medicina contra el dolor…

—¡Por favor, espere! —exclamó levantándose de su asiento y corriendo hacia la puerta—. Quiero bajarme aquí.

El conductor masculló algo sobre los pasajeros que se dormían, pero a pesar de todo abrió la puerta. Tina le dio las gracias con una voz dulce y se bajó.

Contuvo el aliento y esperó hasta que el ruido del vehículo se perdió en la distancia; entonces aspiró profundamente el aire fresco de la tarde.

Eric advirtió que Tina se acercaba; llevaba esperándola sentado en la moto desde hacía casi una media hora. Esa mañana se había pasado una hora entera al teléfono, hablando con su hermano y soportando sus burlas. Después se había pasado todo el día vigilando infructuosamente la casa de Tina. Tina Kranas era una visión deliciosa para su mente adormecida y para sus ojos cansados.

Y evidentemente también era un estímulo para su libido, últimamente reactivada.

Rápidamente puso en marcha la moto hasta colocarse junto a la joven.

—Señorita, ¿quiere que la lleve? —gritó él para hacerse oír por encima del ruido de la moto.

Tina lo miró de reojo y volvió a mirar hacia adelante.

—No, gracias —también alzó la voz por encima del ruido—. Prefiero caminar.

—¿Hasta el restaurante? —la pregunta logró captar su atención.

Tina se detuvo y se volvió para mirarlo.

—¿El restaurante? ¿Qué restaurante?

Eric apagó el motor antes de responder.

—El que está en la carretera, con nombre y atmósfera coloniales; el Continental Congress Inn.

—¿Pero por qué debería ir yo allí? —Tina frunció más el ceño.

—Para cenar conmigo —repuso él fingiendo inocencia.

—¿Cenar?

Eric no pudo evitar una sonrisa; ofrecía una imagen encantadora en aquel estado de perplejidad.

—Sí, ya sabes, comida, bebida, conversación…

Tina suspiró y levantó una mano para frotarse las sienes.

—Me duele la cabeza.

Eric esbozó una sonrisa.

—No te he pedido que te acuestes conmigo; sólo te he invitado a cenar.

Ella lo miró con seriedad y denegó con la cabeza.

—En realidad no creo…

—¿No tienes hambre?

—Bueno, sí, pero…

—Por favor ven —volvió a interrumpirla con un tono suave—. Ya he reservado una mesa.

Tina lo miró durante unos segundos y luego volvió a suspirar.

—Está bien. No he comido y tengo hambre.

A pesar de aquella respuesta tan poco entusiasta, Eric sintió una oleada de placer. Y antes de que ella tuviera tiempo de arrepentirse, se detuvo y le hizo espacio en el asiento de su moto.

—Sube —dijo mirando su reloj—. La mesa está reservada para las siete, y sólo faltan cinco minutos.

Reflexionando sobre su propia capitulación, Tina se encogió de hombros, tomó el casco que él le ofrecía y se lo puso. Luego subió a la moto.

De manera sorprendente, la loca carrera con el viento azotándole el rostro no aumentó su dolor de cabeza, sino todo lo contrario. Cuando Tina se bajó en el aparcamiento se sorprendió al darse cuenta de que tenía la mente más despejada.

Desafortunadamente, el aire fresco no había calmado la confusión que sentía debido a su propia e inusual respuesta hacia Eric Wolfe. ¿Y cómo podría ser de otra manera si de nuevo sus muslos habían estado presionados contra su cuerpo?

Una empleada del restaurante les guió hacia una mesa que se encontraba entre una ventana y una chimenea de piedra, en la que ardía un fuego acogedor.

El ambiente del restaurante era agradable y relajado. «Si pudiera relajarme yo», pensó Tina mientras sonreía a la camarera y pedía su bebida favorita, agua mineral con una rodaja de limón. Pero le resultaba difícil hacerlo con Eric observándola con esos ojos azules. Y debido a esa mirada no podía concentrarse en el menú.

—¿No habías venido aquí antes? —le preguntó él cuando se fue la camarera.

—No —Tina levantó la mirada del menú para volver a contemplar el lugar—. Aunque muchos de mis amigos me lo habían recomendado, nunca había venido. Es encantador.

—Y la comida también es buena —inclinó la cabeza para indicar el menú—. El marisco es excelente.

—Demasiada comida —murmuró Tina mientras leían la carta—. Me temo que anoche me excedí con la pizza —lo miró con ironía—. Tengo que cuidar las calorías, ya sabes.

—Claro —Eric le respondió con una mirada aún más irónica.

—¡Es cierto! —Tina sonrió ante su escepticismo—. Debo tener cuidado porque adoro la comida, sobre todo los alimentos que llevan grasas: panes, pastas, pizza, y cosas así.

—Yo también —Eric parecía sorprendido—. Adoro el pan italiano, cubierto con mantequilla. Y la pizza. Y las tartas —esbozó una sonrisa sarcástica—. Mi favorita es la tarta de limón con merengue.

—¡También la mía! —Tina se echó a reír—. Y a riesgo de parecer muy presuntuosa, debo admitir que la tarta de limón con merengue que yo hago es la mejor.

—¿Mejor que la de mi madre? —preguntó Eric con incredulidad y sorpresa fingidas.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —Tina contuvo la risa—. Nunca he probado la de tu madre.

—Es para morirse —el tono solemne de su voz fue desmentido por su sonrisa maliciosa.

—Bien, en ese caso, te creeré.

—¿No estás dispuesta a morir por una tarta?

—No —Tina cedió y estalló en carcajadas—. Ni siquiera por la de limón con merengue.

De pronto Tina se dio cuenta de que no sólo estaba relajada, sino que también estaba disfrutando. El sentido del humor de Eric la había sorprendido muy agradablemente, ya que complementaba el de ella.

La camarera llegó con el agua mineral y la cerveza de Eric. Tina pidió una sopa y ensalada, y después observó a Eric sin disimulo mientras éste se debatía en la difícil decisión de elegir marisco o filete.

Tina pensó entonces que Eric era un sujeto digno de la más detallada observación. Alto y musculoso, de cabello castaño, ojos de un azul cristalino y boca sumamente sexy, él materializaba con su físico los sueños de cualquier mujer. Además de su apariencia atractiva, tenía un gran sentido del humor y su buena parte de encanto. En suma, aquel hombre poseía magia suficiente para enamorar a cualquier mujer desprevenida. Pero, concluyó Tina, como ella no estaba desprevenida, se encontraba a salvo. Ya había viajado por la ruta del encanto masculino. Conocía sus curvas peligrosas. Era un territorio familiar que no estaba dispuesta a atravesar otra vez.

Eric se decidió por un filete con patatas. Tina tomó un sorbo de

agua mineral y decidió satisfacer la curiosidad que sentía por su vecino.

—Hablas de la tarta de tu madre como si la saborearas con regularidad. ¿Vive ella cerca de tu casa?

—Depende de a qué llames «cerca» —Eric se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

A Tina le pareció que el movimiento fue demasiado casual, y la respuesta más bien evasiva. Era una señal de advertencia que desvaneció el anterior sentimiento de relajación. Recordó que su ex—marido siempre había sido una persona decididamente evasiva. Y por una buena razón: Glen tenía mucho que esconder.

Tina admitía haber pecado de ingenua al comienzo de la relación con su ex—marido, pero nunca fue una estúpida. Había aprendido muy bien la lección. Detestaba las mentiras y cualquier forma de engaño. Ahora, observando a Eric, no podía hacer otra cosa que preguntarse qué era lo que estaba escondiendo detrás de su actitud.

—Quiero decir cerca —Tina estaba decidida a no jugar bajo otras reglas que no fueran las suyas propias; directo y al grano—. En este barrio.

Eric entrecerró los ojos al escuchar el tono agudo de su voz.

—No, no vive aquí, sino en una pequeña población del norte —esa vez, cuando se encogió de hombros, el movimiento no tuvo nada de casual—. Sprucewood —levantó las cejas—. ¿Lo has oído nombrar?

—Sí —Tina asintió—. Nunca he estado allí, pero sé más o menos dónde está.

—Entonces ya tienes una idea de lo que quiero decir con «cerca». Puedo llegar allí en media hora en mi moto —sonrió—. Para mí eso es cerca. Es cuestión de percepción.

—Hmm… —murmuró Tina y volvió a tomar un sorbo de agua mineral. Se preguntó si no estaría exagerando. Sin embargo, ahora que Eric aparentaba estar muy abierto, ella aún tenía la sensación de que era muy reacio a hablar de sí mismo. ¿Por qué? Según su experiencia, la mayoría de los hombres no sólo estaban dispuestos a hablar de sí mismos, sino que lo hacían sin parar.

A menos que, como Glen, tuvieran algo que ocultar.

Esa conclusión dejó a Tina incómoda por varias razones. La más importante era el hecho innegable de la atracción que sentía hacia Eric, atracción que él parecía compartir.

Después de su experiencia con Glen, Tina había decidido no relacionarse con ningún hombre. Al menos por un tiempo. Pero estaba tan segura como que el sol saldría al día siguiente, de que no había planeado sentirse atraída por un hombre en el que no podía confiar.

¿O acaso se estaría volviendo paranoica? Quizás Eric fuera reticente por naturaleza. Y sin embargo, persistía la sensación de que le estaba ocultando algo. ¿Pero qué?

—¿La visitas a menudo?

—Tan a menudo como puedo. Lo cual no ha sido mucho últimamente, ya que la moto no ha estado funcionando bien.

—Bueno, tal vez pronto tengas oportunidad de visitarla. El viernes dijiste que ya habías resuelto el problema, ¿no?

—Sí —Eric hizo una mueca—. Pero ya no estoy tan seguro —suspiró—. Me parece que me voy a pasar todas las vacaciones arreglando esa cosa.

—Mala suerte. Esta sería una buena oportunidad para hacer una visita. El tiempo es perfecto.

—Bueno —Eric se encogió de hombros—. Mi madre lo comprende. La llamo por lo menos una vez por semana desde que mi padre murió y se quedó sola en la casa —sonrió—. Y mi hermano menor está pendiente de ella.

—Ah, ¿tienes un hermano? —Tina quería aprovechar esa oportunidad ahora que parecía estarse abriendo un poco.

—Tres —contestó Eric—. Pero Jake, el menor, es el único que vive en Sprucewood.

—¿Tú eres el mayor?

Eric denegó con la cabeza.

—Soy el tercero. ¿Qué me dices… —se interrumpió cuando la camarera llegó con la comida—… qué me dices de ti? —repitió cuando la empleada se marchó—. ¿Tienes familia viviendo en el barrio…? —sonrió—. ¿O por aquí cerca?

—No —Tina negó con la cabeza—. Tengo una hermana mayor. Está casada con un ganadero de Montana. Mi madre y ella se mudaron a Arizona cuando murió mi padre.

—¿Entonces estás sola? —preguntó Eric mientras untaba de mantequilla una patata asada.

—Hmm… —murmuró la joven después de probar la sopa—. Más o menos —aunque la sopa estaba buena, la patata que se estaba comiendo Eric ofrecía un aspecto más sabroso—. Eso debe de tener millones de calorías.

—Está bien. Mañana las perderé corriendo.

—¿También haces ejercicio?

—Sí, ¿no lo hace todo el mundo en estos días?

—Casi —respondió ella, desviando la mirada sin entusiasmo mientras hundía el tenedor en la ensalada—. Desde el presidente para abajo —suspiró e hizo una mueca—. Parece que hoy día la gente

experimenta un placer perverso torturándose con ejercicios y dietas.

—Sí, pero piensa en los magníficos cuerpos que tendremos.

Tina se echó a reír. La risa alivió la tensión que había acumulado, y volvió a relajarse. El ingenio de Eric era maravilloso; había hecho desaparecer por completo su dolor de cabeza.

Capítulo 4

A Tina le dolía todo el cuerpo. Estaba bañada en sudor y tenía la respiración entrecortada. Estaba agotada. En ese momento no quería hacer nada más que sentarse, o acostarse y descansar, relajarse… tal vez morirse.

—Levante esa pierna y muévala, muévala y…

La voz femenina de la televisión sorprendió a Tina. Apretó los dientes y movió la pierna repetidas veces, imaginando que la instructora era la que recibía sus patadas.

—Más alta, más alta. ¡Usted puede hacerlo!

Tina miró con los ojos entrecerrados la pantalla de televisión. La experta en educación física era joven y hermosa, con una brillante melena de color castaño y una figura envidiable.

Tina la odiaba. Y sin embargo, sin falta, ponía ese vídeo todas las noches de los martes y los jueves y, como en ese momento, todas las mañanas de sábado, para quemar las calorías de los días anteriores.

Uno de los problemas de Tina era que le encantaba toda la comida… que no debía probar.

—Ahora descanse… y respire… adentro… afuera… despacio… adentro… y lentamente… afuera… despacio…

Levantando la mirada como si buscara consuelo en el techo, Tina maldijo en silencio a la mujer, pero aspiró profundamente… despacio… y exhaló el aire… despacio… y volvió la espalda a la pantalla para mirar por la ventana cómo caía la lluvia.

Aún respirando… lentamente… alcanzó a ver una hoja que el viento y la lluvia habían pegado al cristal. Por fin el otoño se había decidido a aparecer.

Un movimiento a lo lejos llamó su atención. Sus ojos se posaron en la figura de un hombre que pasó corriendo frente a la casa.

«¿Qué clase de loco puede salir a correr bajo la lluvia?», se preguntó ella acercándose a la ventana para ver mejor.

La clase de loco que montaba en moto y devoraba patatas con mantequilla mientras se tomaba una cerveza, pensó Tina identificando al corredor como su vecino Eric Wolfe.

—El descanso ha terminado, chicas. Ahora vamos a trabajar con esos brazos fláccidos.

—Tú haz lo que quieras con tus brazos, querida —murmuró Tina diciéndose en silencio que ella no tenía los brazos fláccidos. Pero como tampoco quería llegar a tenerlos, de mala gana apartó la vista de su vecino.

«Eric está loco», pensó mientras ejercitaba los brazos. Pero loco o no, poseía un cuerpo fantástico.

El recuerdo volvió a cobrar vida y la voz de la instructora se perdió. Podía sentir el contacto de los muslos y caderas de Eric, como cuando la llevó en moto la mañana del viernes y dos veces el día anterior.

A Tina se le aceleró la respiración. Sin darse cuenta, había bajado los brazos a los costados. Sus ojos miraban sin ver la pantalla de la televisión. Los músculos del estómago se le contrajeron. El sudor empezó a correr por su rostro. Sintió que le faltaban las fuerzas, se sentía débil…

—¡Cielos! —murmuró y levantó una mano para frotarse la nuca—, ¡Vaya con la química!

Todavía no había terminado el vídeo, pero Tina sabía que ya tenía suficiente por esa mañana.

Eric se había comportado como todo un auténtico caballero cuando la llevó a su casa la noche anterior. Había dejado la moto oculta a un lado del camino de entrada para acompañarla hasta la puerta, a pesar de que Tina había insistido en que no era necesario. Luego había tomado las llaves de sus manos temblorosas para abrirle la puerta. Después de hacerse a un lado para dejarla pasar, le dio la mano y le deseó buenas noches.

Tina se había quedado sin habla, y con los ojos muy abiertos por la sorpresa lo contempló mientras se alejaba. Después de aquella sensual velada había esperado que Eric se le insinuara cuando la llevara a casa, que la abrazara, que la besara o, al menos, ya que era muy tarde, que le pidiera que lo invitara a tomar una taza de café o algo parecido.

Era la posibilidad de ese «algo parecido» lo que hizo que a Tina le temblaran las manos. Durante todo el trayecto a casa estuvo preocupada pensando en qué iba a hacer si Eric la besaba… Por eso, cuando Eric no hizo más que rozarle apenas los dedos con los suyos, ella no supo si sentirse aliviada o insultada.

A decir verdad, Tina tenía que reconocer que había sentido mucha curiosidad por probar el sabor de los labios de Eric.

Pero evidentemente no tenía la menor intención de reconocer ese hecho. Estaba demasiado ocupada diciéndose a sí misma que lo último que quería era relacionarse con un hombre.

Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar la manera de dejar de pensar en él, de quitárselo de la cabeza.

Lanzando una rápida mirada a la ventana, Tina reconoció que no iba a ser una tarea nada fácil expulsar a Eric de su mente. Sentía una necesidad que no había experimentado desde los primeros días de su matrimonio.

«Falso», se dijo. Hacía poco tiempo había aceptado que ni siquiera con Glen, antes o después de casarse con él, había sentido ese grado de excitación. Ni con Glen ni con cualquier otro hombre que hubiera conocido desde su divorcio.

De inmediato pensó en Ted; en él y en su borrachera cuando ella lo llevó a su casa la noche del viernes. El le había pedido, había insistido e incluso la había presionado para que su amistad se convirtiera en una relación más íntima.

Tina había actuado con mucho tacto, pero se había mantenido firme al hacerle saber que no le interesaba. Nunca le había interesado. Incluso con su marido se había vanagloriado de su falta de entusiasmo por el acto físico del amor; ¿acaso no la había acusado Glen de ser frígida? Sí. ¿Y no había llegado ella a aceptar esa acusación? También.

Pero eso había sido antes de conocer a Eric Wolfe, cuando todas sus hormonas se alborotaron.

Y, excepto la escasa información que le había sonsacado, ni siquiera conocía a ese hombre.

Tina se estremeció. Eso no le gustaba. No lo quería. No lo necesitaba. Bueno, aunque ya habían pasado casi dos años desde que… y quizás lo necesitara.

Sorprendida y perpleja por su propia aceptación, Tina se olvidó del vídeo y fue a tomar una ducha, como si pudiera escapar de sus propios pensamientos.

Debía de estar loco. Eric llegó a esa conclusión mientras se quitaba la ropa empapada. «Loco de remate», pensó. Con una sonrisa contempló su imagen en el espejo del botiquín, y luego tomó un baño caliente.

«Con aquellas mallas de gimnasia estaba condenadamente sexy», pensó.

Le invadió un calor que no tenía nada que ver con el agua. Cuando pasó corriendo frente a la casa de Tina, Eric alcanzó a verla de reojo parada frente a la ventana, ataviada con unas mallas de licra de color azul y amarillo. Y estuvo a punto de caerse.

«Entonces no mentía cuando me dijo durante la cena que trataba de mantener la línea», pensó Eric mientras abría el grifo del agua fría.

«En la cama debe de ser una bomba», añadió en silencio.

Se estremeció. Su imaginación empezó a funcionar. Podía ver a Tina, sentirla, echándole los brazos al cuello, con las piernas alrededor de sus caderas, su cuerpo moviéndose sinuoso debajo del suyo…

—Maldición —la maldición fue dirigida a la respuesta casi dolorosa de su cuerpo. Salió de la ducha y tomó una toalla.

La noche anterior había experimentado una necesidad casi

primitiva al ver su boca tentadora, tan cercana y a la vez tan lejana, de la suya, al otro lado de la mesa. Había pretendido tomar a Tina en sus brazos y besarla cuando la acompañó a la puerta, y lo habría hecho de no haber advertido el temblor de sus dedos cuando sacó las llaves. El impulso de abrazarla y besarla pareció aplastado bajo un sentimiento de protección. De pronto había tenido la certeza de que Tina tenía miedo de que él hiciera algún movimiento, y Eric se alejó, dejándola intacta y sin besar… y, en el proceso, a él frustrado.

Arrojó la toalla y salió del baño. Ya habían desaparecido los efectos visibles de las imaginaciones eróticas, pero su mente seguía funcionando. Necesitaba hacer desaparecer el miedo que ella sentía hacia él; eso podría resultar placentero. Entonces alimentaría a la bestia. Tarde o temprano se comería a Christina Kranas y cuanto antes, mejor.

Minutos después, con el cabello todavía húmedo, recién afeitado y vestido con unos viejos pantalones, una sudadera desteñida y sus deportivos favoritos, Eric se hallaba en la cocina friendo tres huevos.

Cuando se trataba de alimentarse, su estómago también era una bestia.

Después de comer volvió a su puesto junto a la ventana, dividiendo la atención entre la casa que estaba al otro lado de la calle y la que contenía al objeto precioso de su creciente interés y deseo.

Casi como la mayoría de los residentes del barrio, la pareja que vivía en la casa de enfrente tenía entre treinta y treinta y tantos años. Bob Freeman y Dawn Klinger tenían una buena educación y estudios superiores. Aunque llevaban viviendo siete años juntos, nunca habían legalizado su unión. No tenían hijos.

Bob Freeman era abierto, de trato fácil, de la clase a la que se le conocía comúnmente como un buen tipo. Trabajaba de ejecutivo en una pequeña compañía de productos de papel situada en las afueras de Filadelfia. Dawn Klinger era jefa de departamento en una tienda de la localidad. Era una mujer tranquila y hogareña.

Mientras estuvieron casados, Tina y Glen Reber fueron buenos amigos de Bob y Dawn. Y aunque Tina se había apartado un poco de ellos después del divorcio, su ex—marido había mantenido la amistad, y continuaba visitando a la pareja regularmente.

De nuevo todo parecía muy normal.

¿Pero lo era? Eric llevaba más de diez años en la policía. Si sus suposiciones, junto con los datos recibidos de sus confidentes, eran correctas, Glen Reber y la pareja de enfrente se habían desviado de la norma entrando en el peligroso negocio de las drogas.

Y ahora se rumoreaba que se iba a producir una entrega muy

grande en la casa de enfrente. Conociendo a Tina, Eric deseaba y esperaba con todas sus fuerzas que no estuviera relacionada con ello. Pero de cualquier modo, estaba decidido a estar allí el día de la transacción.

Aquella fue una mañana larga y aburrida. La lluvia continuó cayendo. Aparte de las hojas desnudas que arrastraba el viento, no había absolutamente ningún movimiento en el vecindario.

Eric se estiró y bostezó en la silla que había acercado a la ventana, y cambió de posición para desentumecer las piernas. Estaba volviendo a ponerse cómodo cuando un lujoso coche negro se detuvo frente a la casa de Tina.

—Vaya —murmuró Eric incorporándose en la silla—. Mira quién ha llegado —de inmediato reconoció al hombre que bajó del coche y se dirigió hacia la casa de Tina—. Ah… el ex—marido y sospechoso, Glen Reber. Interesante.

Eric se formó en la mente una imagen del informe que Cameron le había dado acerca del sospechoso. Aparentemente Glen Reber era un tipo normal en todo, excepto en unas cuantas cosas, como el hecho de que tenía antecedentes penales desde que era adolescente, y además llevaba un lujoso estilo de vida que no se correspondía con su salario.

Eric tenía la fuerte sospecha de que Reber complementaba sus ingresos con los fondos provenientes de su asociación con Bob y Dawn. Esa sospecha no le importaba mucho a él; si Reber estaba fuera de la ley, lo iban a agarrar junto con los otros dos.

Lo que a Eric le molestaba era la interrogante de que Tina hubiera o no metido sus delicados dedos en ese pastel.

El aburrimiento de la mañana había desaparecido con la llegada de Reber, y Eric se inclinó hacia adelante, espiando al hombre que tocaba repetidas veces el timbre de la puerta de Tina.

—Ya voy, ya voy —gritó Tina saliendo de la cocina para correr a abrir la puerta.

—Vaya, sí que has tardado —dijo Glen cuando ella abrió la puerta —. ¿Qué estabas haciendo? —preguntó irritado mientras entraba en la casa sin pedir permiso.

—Preparando un pollo asado —Tina lo miró con ironía—. ¿Por qué no entras y te pones cómodo?

—Ya he entrado —Glen adoptó lo que ella llamaba su cara de cachorrito perdido, con los ojos muy abiertos y expresión lastimera—. Y espero que ésta siga siendo mi casa.

—Qué extraño —repuso ella fingiendo sorpresa—. Cuando era tu casa pasabas muy poco tiempo aquí.

—No empieces con eso otra vez.

—No estoy empezando con nada —Tina expresó su desinterés con un ligero encogimiento de hombros—. Pero sí recuerdo que pasabas más tiempo en las casas de diferentes mujeres que aquí.

—Quizás no lo habría hecho si hubiera encontrado aquí un cuerpo cálido y dispuesto.

En otro tiempo Tina le habría dado la razón.

Porque aunque nunca se había negado a sus proposiciones sexuales, tampoco se había abandonado a ellas. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, y ella ya no se sentía culpable.

—Sí, eso creo. Pero tú alimentabas tu vanidad buscando otras mujeres.

—Era un reto —admitió él con una desacostumbrada sinceridad—. Pero no significaban nada para mí.

—Ni yo.

—Eso no es cierto. Eres la única con la que quise casarme.

Tina se rió en su cara.

—No, Glen, te casaste conmigo porque yo representaba el último reto. Primero, porque era virgen. Y segundo, porque me negaba de manera terminante a dormir contigo en otra cama que no fuera el lecho matrimonial.

—Sí —él sonrió—. Eras un poco puritana —esbozó una sonrisa de superioridad masculina—. Todavía lo eres. Y sigo controlando la situación, ¿sabes? —sonrió satisfecho—. Sigo siendo el único hombre que te ha tenido.

—Qué gran cosa —Tina hizo una mueca—. Contigo aprendí que el sexo no era todo lo que se suponía que debía ser.

—¿Ves? Fue esa actitud tuya lo que mató nuestro matrimonio.

—Lo que sea —Tina no se sentía ofendida; ya estaba aburrida del tema—. ¿Cuál es la razón de tu visita de este día? —estaba deseosa de volver a preparar su pollo asado.

—Me dirigía a casa de Bob y Dawn.

Tina se volvió para abrir la puerta.

—Salúdalos de mi parte.

—Quiero que volvamos a vivir juntos.

El tono frío de su voz paralizó a Tina, dejándola con la mano en el aire a punto de agarrar el picaporte de la puerta. Entonces se volvió para mirarlo con atención, observándolo bien por primera vez desde que se divorciaron. Glen era guapo, atractivo, bien vestido, seguro de sí mismo…

«¿Y también seguro de mí misma?», se preguntó Tina. Con la poca válida razón de que no había intimado con ningún otro hombre, ¿de verdad creía Glen que ella podría considerar siquiera una

reconciliación después de tanto tiempo de saborear su libertad?

Claro, Glen no sabía lo mucho que a ella le gustaba su libertad; su enorme vanidad no le permitía considerar esa posibilidad. «Vaya un tipo», pensó Tina. Se preguntó qué diablos vio en él cuando se casó.

—¿Me has oído? —preguntó Glen, impaciente—. He dicho…

—Ya te he oído —Tina le lanzó una mirada de desprecio—. La respuesta es no.

—No puedes estar hablando en serio —Glen se acercó y levantó una mano para acariciarle la mejilla—. A estas alturas, incluso tú debes de estar necesitando un poco de amor.

Lo que él decía era completamente cierto, aceptó Tina, como lo había descubierto recientemente. Pero también era cierto que no necesitaba el tipo de amor de Glen, ni emocional ni físicamente.

—Mis necesidades, o la falta de ellas, no son asunto tuyo —Tina abrió la puerta—. Adiós, Glen.

Por un momento él pareció furioso, pero luego sonrió.

—Está bien, nena, pero no sabes lo que te estás perdiendo.

—Ahí es donde te equivocas —Tina le devolvió la sonrisa—. Por lo que a ti se refiere, sabes perfectamente que no me pierdo nada.

Glen estaba a punto de estallar.

—Me voy. Vendré a hablar contigo algún otro día —bajó al camino de entrada y la miró por encima del hombro—. Cuando no estés de tan pésimo humor.

—Sobreviviré durante la espera —repuso ella y cerró la puerta de golpe; luego se apoyó sobre ella, respirando profundamente.

«¡Qué descaro!», pensó furiosa. No necesitaba a Glen para nada y menos todavía para el sexo. Se apartó de la puerta y se dirigió a la cocina. Estaba muy bien sola. Se repitió que no necesitaba a ningún hombre.

Pero sí deseaba a un hombre en particular. Ese pensamiento repentino la sorprendió. Se quedó inmóvil en medio de la habitación, mirando al vacío.

«Eric Wolfe», pensó, y se estremeció ante la excitación que le producía el simple hecho de pronunciar mentalmente su nombre.

Se preguntó entonces qué clase de amante sería.

Ese pensamiento aumentó aún más su excitación. Tina podía verlo, sentirlo, olerlo, tocar sus hombros anchos, su cintura y sus estrechas caderas, sus largas piernas, besar su boca sensual y masculina.

Un gemido escapó de su garganta tensa. El sudor le perló la frente. ¿Qué le estaba pasando? Tina gritó en silencio. Nunca jamás había reaccionado ante un hombre de esa manera.

Respirando con dificultad, se pasó el dorso de la mano por la

frente. Se sentía extraña, fuerte y a la vez débil, caliente y a la vez fría… y necesitada.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó. Tenía muchas opciones. La más segura era quitarse de la cabeza todo pensamiento acerca de Eric Wolfe.

¿Pero era eso lo que realmente quería? Sin pensárselo dos veces, Tina denegó con la cabeza. Su reacción se debía al hecho de haber estado con Eric la noche anterior, temiendo y a la vez esperando que la tocara, que la besara, y luego las sensaciones que había tenido al verlo pasar corriendo frente a su casa; todo eso demostraba que quitárselo de la cabeza no era lo que ella quería.

Si era brutalmente sincera consigo misma, tenía que admitir que lo que quería era saber de una vez por todas si ella era el insensible bloque de hielo que tantas veces Glen la había acusado de ser.

Y por instinto sabía, sentía, que Eric también se sentía atraído por ella. Si no fuera así, ¿por qué otra razón le habría prestado tanta atención en el pub la noche del viernes? ¿O por qué se habría molestado en esperarla en la parada del autobús el día anterior?

Pero por otro lado, si se sentía atraído hacia ella, ¿por qué no había hecho nada para acercársele la noche anterior? Tina frunció el ceño. Como nunca había participado en serio en los ritos sexuales, no estaba segura de cómo interpretar las señales. Por lo que sabía, Eric estaba jugando con frialdad, tomándose su tiempo, esperando alguna señal por su parte.

Está bien, decidió ella, le daría esa señal.

¿Pero cómo?

¿Seduciéndolo?

Tina rió en voz alta por lo ridículo de la idea. No sabría por dónde empezar.

El aroma del pollo asado inundó el ambiente, y le sugirió una posible solución.

Podría empezar por invitar a Eric a cenar.

Eric estaba sentado quieto y tenso, contemplando la casa de Tina con ojos entrecerrados.

—Ah… —exclamó con los dientes apretados cuando vio que se abría la puerta y salía Glen Reber. Una mirada rápida a su reloj de pulsera le confirmó lo que ya sabía; ese hombre había estado adentro, solo con Tina, menos de quince minutos. No era tiempo suficiente para importantes actos de intimidad.

Hasta ese instante no reconoció Eric las emociones que le atenazaban el estómago. Se sentía excitado, frustrado y protector con respecto a Tina, y furioso con el hombre que en otro tiempo había

compartido su cama. Pero la emoción más fuerte que bullía dentro de él era la posesividad.

Si llegara a enterarse de que Reber había tocado a Tina, de una forma personal, le daría su merecido a ese bastardo.

Tanta decisión sorprendió al mismo Eric, que de un salto se puso de pie.

«¿Qué demonios?», se preguntó. En ese momento fue consciente de su excitación.

Durante todo el tiempo que había estado sentado en el borde de la silla observando la casa, Eric se había imaginado escenas de Tina retozando en la cama con aquella sabandija debilucha.

—Antes pasarás sobre mi cadáver, insecto —murmuró al hombre que cruzaba la calle—. Tina es mía.

Esa afirmación le sorprendió tanto como su sentido de la posesividad. Pero hizo a un lado todo aquello para seguir a Reber en su camino hacia la casa de enfrente.

A pesar de todo, de nuevo se dijo que si alguien se iba a llevar a Tina a la cama, ése sería él.

Tomada esa decisión, se apartó de la ventana. El trío del otro lado de la calle se hallaba fuera de su vista. Además, podría vigilar desde cualquier punto de la tranquila calle.

Estaba decidido a visitar a su vecina.

Capítulo 5

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Y ahora quién será? —murmuró Tina cuando procedía a rebañar el borde del molde de la tarta que estaba preparando—. Si es otra vez Glen, le voy a…

El timbre volvió a sonar. Con otro suspiro Tina miró sus manos cubiertas de harina, se encogió de hombros, arrancó una toalla de papel y se limpió mientras salía de la cocina.

—Maldición, Glen, estoy… —empezó a decir mientras abría la puerta. Pero la exclamación murió en su garganta al ver a Eric Wolfe protegiéndose de la lluvia bajo el techado de la entrada.

—Hola, vecina —la saludó él con una sonrisa irresistible, mientras alzaba frente a ella una taza—. He venido a ver si me podías dar una taza de… café.

—¿Con un poco de licor? —Tina le devolvió la sonrisa.

—Sí, por favor, con un poquito de leche y sin azúcar.

—¿Lo quieres para llevar o para tomarlo aquí?

—¿Tienes galletas?

—Sí —estaba a punto de echarse a reír.

—Bueno, entonces me lo tomo aquí —Eric alzó una ceja—. Si no te importa.

—¿Te importaría tomártelo en la cocina?

—No —Eric denegó con la cabeza—. Procedo de una antigua estirpe que tiene por costumbre sentarse en la cocina.

—Entonces no me importa —Tina se echó a reír y abrió más la puerta—. Entra.

—Gracias, vecina.

—De nada.

—Bonito —se volvió hacia ella cuando cerró la puerta—. ¿Quién es Glen?

—Mi ex—marido.

—¿Lo estás esperando? —le preguntó levantando una ceja.

—No… sí. Acaba de estar aquí hace algunos minutos. Ese es su coche. Ese grande y caro que está ahí enfrente —Tina se preguntó por qué sentía la necesidad de darle explicaciones.

Eric miró a través de la ventana.

—No está en el coche.

—Ha ido a visitar a unos amigos al otro lado de la calle —Tina le dirigió una sonrisa seca—. Cuando oí el timbre pensé que él había vuelto para algo.

—¿Algo?

Hubo algo en la voz de Eric que hizo que Tina se estremeciera.

—Está hablando de reconciliación —Tina se encogió de hombros para disimular su inquietud ante la idea de aceptar la sugerencia de Glen.

—¿Y tú no estás por eso? —la frialdad de su voz fue reemplazada por lo que a Tina le pareció un sincero interés.

La palabra «interrogante» apareció en su mente, pero Tina la apartó de inmediato. Había querido tener una prueba de si él se sentía atraído hacia ella. ¿Qué mejor prueba podía pedir que un sincero interés? Esa conclusión la hizo sonreír y se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que renuncié a eso —respondió y le indicó que la siguiera a la cocina—. Ven conmigo si quieres ese café.

—¿Eso quiere decir que el tema de tu ex queda cerrado?

Tina sintió cierta impaciencia ante su insistencia, pero de inmediato la desechó ante la consideración optimista de que tal vez él estuviera sintiendo cierta envidia por Glen.

—Cerrado, no —repuso ella dirigiéndose directamente a la cafetera eléctrica de la cocina—. Simplemente no hay mucho que decir, eso es todo.

Eric la observó en silencio mientras ella preparaba el café. Era muy consciente de su mirada, y eso la puso muy nerviosa.

—¿Era abusivo?

Tina dejó escapar un sonoro suspiro cuando se volvió para mirarlo.

—Si estás preguntando si alguna vez me pegó, la respuesta es no —contestó mirándolo directamente a los ojos.

La sonrisa de Eric le indicó que él había adivinado lo que ella no le había dicho.

—Entonces fue abuso verbal.

Tina logró mantenerle la mirada en silencio. Luego se volvió y fue a sacar la leche de la nevera.

—¿Tina? —la voz de Eric era suave aparentemente, pero contenía cierta amenaza en su propósito.

—Está bien —contestó Tina de pronto volviéndose para mirarlo—. En repetidas ocasiones, Glen se mostraba poco agradable.

—¿Como cuando vino a visitarte, hace un rato?

Tina se estremeció al detectar la frialdad que se escondía bajo aquel tono suave de voz. Tampoco, ni por un instante se dejó engañar por su expresión tranquila. Sin saber por qué, Tina estaba segura de que Eric Wolfe podría llegar a ser muy peligroso en caso de necesidad.

—En realidad no tiene importancia. Él no viene muy a menudo, sólo cuando quiere visitar a sus amigos.

—¿No son tus amigos también?

—Realmente no —Tina no trató de ocultar la impaciencia que

empezaba a sentir; el tema, así como la insistencia de Eric, empezaban a molestarla—. Ya eran amigos de Glen desde antes de que nos casáramos, míos no. Aunque nos saludamos cuando nos vemos, no tenemos una relación de amistad —forzó una sonrisa—. ¿Más preguntas?

La sonrisa de Eric fue provocativa.

—Sí, ¿dónde está mi café?

—En camino —su expresión se suavizó—. Siéntate.

—¿Vas a hacer una tarta? —Eric señaló con la cabeza el molde y los ingredientes.

—Sí —Tina sacó dos tazas de porcelana con borde dorado y unos platos a juego.

—¿De qué tipo? —preguntó Eric con voz esperanzada.

—De limón con merengue —Tina le dirigió una sonrisa por encima del hombro—. Y todavía tengo que terminar de hacerla —llenó las tazas y las llevó a la mesa—. Así que, en cuanto te termines el café, voy a tener que echarte.

—¿Puedo ayudarte?

Tina se echó a reír al escuchar su tono de voz; era tan evidentemente falso…

—Hablo en serio —insistió Eric—. Soy soltero, y sé moverme en la cocina. Déjame que te ayude.

—¿Haciendo qué?

—Puedo separar las claras de los huevos mientras tú preparas el relleno.

Tina lo observó por un momento.

—Bueno, quizá sí sepas moverte en la cocina. Está bien. Pero desde ahora te lo advierto. Si me echas a perder mi merengue, tendrás problemas.

—Hecho —Eric sonrió y tomó una galleta—. ¿Voy a poder probar esta delicia culinaria después? —mojó la galleta en el café antes de metérsela en la boca.

—Pues claro —Tina se sentó frente a él—. De eso se trata todo este ejercicio.

Eric pestañeó y se detuvo a medio proceso de sumergir otra galleta.

—¿De qué se trata todo este ejercicio?

—De que pruebes la tarta —repuso ella con exasperación—. ¿Cómo voy a saber si mi tarta de limón con merengue es tan buena como la de tu madre si tú no la pruebas?

Eric se echó a reír.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de reto personal?

—Puedes llamarlo así.

—Ya lo he llamado así.

—Me lo tomé como un desafío cuando dijiste que la tarta de tu madre era la mejor —Tina levantó su taza para tomar un sorbo de café —. Aunque creo que no será una verdadera prueba de mi habilidad si tú me ayudas.

—Mmm… —Eric se comió otra galleta—. Ya sé lo que quieres decir —luego tomó un sorbo de café—. Ya sé lo que vamos a hacer: dame otra taza y después me iré de aquí, para dejar que sigas haciendo tus cosas.

—Hecho —Tina se levantó para tomar la cafetera.

—Con una condición.

Tina se detuvo y se volvió para mirarlo con sospecha.

—¿Qué condición?

La sonrisa de Eric era tan inocente como la de un ángel.

—Que me dejes venir después para probar el producto terminado.

Tina le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Haré algo mejor que eso.

—¿Qué?

—Mmm… ¿Qué te parece si vienes a cenar? —preguntó ella y después se apresuró a agregar—: Esto es, si te gusta el pollo asado y el puré de tomate con salsa de arándano.

—Oh, cálmate, corazón mío —exclamó Eric apretándose con gesto dramático el estómago—. ¿A qué hora?

Tina miró el reloj de pared.

—Bueno, ya son casi las dos, y todavía tengo que meter la tarta en el horno… digamos que, ¿a las seis y media?

—A las seis y media —Eric empujó su silla y se puso de pie—. Olvídate de la segunda taza —se dirigió hacia el comedor—. Ahora mismo me voy de aquí para dejarte trabajar.

—Muy bien —Tina rió al observar su ansiedad—. No se te olvide tu taza.

—Después me la llevo. No te molestes en acompañarme a la puerta —de pronto se detuvo a medio camino—. ¿Quieres que traiga algo para la cena?

—Sólo tu apetito.

—Cuenta con eso —replicó Eric riendo.

Un momento después la puerta se cerró con suavidad. Tina se quedó inmóvil en medio de la cocina. Dentro de ella bullía una nerviosa excitación. «Eric va a venir a cenar», pensó.

Y ese pensamiento la sacó de su estado de trance. Tenía que empezar a moverse. Tenía un millón de cosas que hacer. Debía

preparar la tarta y meterla en el horno. Debía limpiar la casa y poner la mesa para la cena. Y además iba a necesitar tomar otro baño, maquillarse y ponerse ropa limpia… algo cómodo pero femenino y atractivo.

Y lo primero que tenía que hacer era echar el cerrojo a la puerta, porque lo último que deseaba era otra visita de su «ex—dolor de cabeza».

Todavía seguía allí el coche de Glen, frente a la entrada de la casa de Tina.

Eric lanzó una mirada de admiración al reluciente coche negro mientras caminaba por la acera.

«Ventajas de la delincuencia», pensó con desdén. Ventajas que no valían el alto precio que exigían. Olvidándose del vehículo, continuó caminando bajo la lluvia hacia su apartamento.

Después de una ducha y de un cambio de pantalones y sudadera, volvió a su trabajo y se apostó junto a la ventana. Aparentemente no sucedía nada dentro o en los alrededores de la casa de enfrente.

La tarde transcurría lentamente; Eric se moría de aburrimiento pensando en Tina, deseoso de que llegara la hora de la cena.

Se sentía especialmente excitado ante la perspectiva. A diferencia del viernes o de la noche anterior, esa vez no habría ningún grupo de amigos, ni otras personas charlando a su alrededor, ni camareros que se entrometieran. Sólo estarían Tina y él… y un pollo asado.

Y el hombre que estaría cenando con Tina sería él mismo, una persona normal, y no Eric el policía, decidió mientras cedía ante un repentino e inesperado deseo de normalidad.

«¿Y qué importa?», se preguntó. Oficialmente estaba de vacaciones, solo. El mismo establecía las reglas, a condiciones de su misión.

Y, conforme se aproximaba la noche, intentaba ignorar esas reglas y condiciones. Un sexto sentido le decía que Tina era inocente del negocio sucio que se estaba tramando en la casa de enfrente.

Si más adelante su sexto sentido se revelaba como falso, engañado por su libido, y el curso de los acontecimientos demostraba la relación de Tina con el mundo de la droga, Eric sabía que revertiría las cosas, que asumiría la situación de una manera profesional e intelectual. Pero por ahora, por esa noche, se hallaba poseído por una fuerza poderosa y emocional, y él lo sabía.

Y mientras no se supiera nada, Eric estaba decidido a seguir sus instintos… simplemente porque eso era lo que quería hacer.

Pero por dentro rezaba por que sus instintos estuvieran en lo cierto, porque Tina fuera….

Los pensamientos de Eric se vieron interrumpidos por el sonido

repentino del teléfono. Sabía quién llamaba; sólo una persona tenía su nuevo número. Levantó el auricular a la segunda llamada.

—Hola, hermano.

Escuchó la risa lenta de su hermano al otro lado de la línea.

—Hola. ¿Cómo estás en este bonito domingo de otoño?

—Como el demonio. Llueve y hace viento, y hace tanto frío como en la cueva de una bruja…

—Me lo imagino —lo interrumpió Cameron—. Tengo una información para ti.

—¿Sobre esa lista de nombres que te di ayer?

—Eso mismo.

—Trabajas rápido.

—Así soy yo.

—Estoy impresionado. Y, ¿qué has encontrado?

—Nada —le informó Cameron—. Todos los nombres de la lista, de hombres y mujeres, están limpios. No hay ni siquiera un delito menor —se echó a reír—. Te lo creas o no, ni siquiera pudimos encontrar un expediente de mal comportamiento del instituto de segunda enseñanza.

Eric se echó a reír.

—Me alegro de oír eso. Todos ellos me cayeron simpáticos —pero al recordar a Ted, no tardó en corregir su afirmación—. Bueno, quizás no todos, pero casi todos, de cualquier modo.

—¿Tienes problemas con alguno de ellos?

—No. Al menos formalmente.

—Ay, ya veo. Una mujer.

—Dios mío, sí que eres perceptivo —repuso Eric con un fingido tono de sorpresa.

—Entonces te has enamorado, ¿no? Como Jake.

—¿Jake? —Eric frunció el ceño—. ¿Qué pasa con Jake?

—¿No lo sabes?

—¡Maldición, Cameron! —exclamó Eric repentinamente preocupado por su hermano menor—. ¿Te lo preguntaría si lo supiera? ¿Qué pasa con Jake?

—Parece que está enamorado —el tono de voz de Cameron no ocultaba su deleite por estar más al corriente de aquella información que su hermano—. Se trata de una profesora del colegio de Sprucewood.

—Vaya —murmuró Eric—. Entonces el pequeño Jake es el primero de los Wolfe en morder el anzuelo, ¿eh?

—Eso parece —repuso Cameron con ironía—. Jake dice que va a casarse con esa mujer.

—¿Casarse con ella? —repitió Eric con incredulidad—. ¿Te lo ha dicho Jake?

—No, me lo ha dicho mamá. ¿No has hablado con ella últimamente?

—No, no desde que me trasladé aquí —contestó Eric—. Estaba pensando en llamarla esta tarde, pero estoy ocupado con algo.

—¿Ese algo tiene nombre? —preguntó Cameron con voz divertida.

—Ocúpate de tus propios asuntos, hermano —sonrió Eric, para luego preguntar—: Mamá está bien, ¿verdad?

—Sí. Prácticamente está lista para correr a comprar cosas para su primer nieto.

Eric se echó a reír.

—¿Ya han fijado la fecha, Jake y…? —se interrumpió para hacer una versión de la pregunta que Cameron le había hecho—. ¿La mujer tiene nombre?

—Sarah Cummings. ¿Y la tuya?

—Adiós, hermano —dijo Eric de buen humor—. Y gracias por la información. Te lo agradezco mucho.

—Cuando quieras, ya sabes —Cameron rió—. Mantén los ojos abiertos, la boca cerrada y en guardia, hermano.

—Eso haré —replicó Eric mientras colgaba el teléfono. En numerosas ocasiones la actitud excesivamente protectora de su hermano mayor era una molestia, pero Eric no podía negar el sentimiento de cariño y preocupación que experimentaba siempre que hablaba con Cameron.

Durante la conversación Eric había mantenido la vista fija en la casa de enfrente. Desde hacía una semana no ocurría absolutamente nada allí.

La duda asaltó a Eric. ¿Se habría creído sólo un montón de tonterías que le había dicho su confidente, como muchos inocentes lo hacían? ¿Estaría allí sentado como un tonto malgastando sus vacaciones en una información errónea o mal interpretada? El hecho de que ahora se dejara llevar por tales dudas y preguntas le provocaba un vacío en el estómago. No era un sentimiento placentero. Decidido a hacer algo, tomó el teléfono y marcó un número.

El teléfono sonó dos veces, tres veces. Eric tamborileaba con los dedos sobre la silla. Al otro lado de la línea levantaron el auricular a la séptima llamada.

—¿Diga?

Eric sintió una punzada de satisfacción al escuchar la voz de su informador.

—¿Te gustaría tener unos billetes extra esta semana? —le preguntó

Eric sin preámbulos; sabía que el tipo en cuestión tenía debilidad por los caballos y siempre le venían bien unos dólares extra.

—Sí —contestó el hombre y se quedó en silencio en espera de instrucciones.

—En el cruce que está cerca del edificio de tu oficina, mañana por la mañana —dijo Eric y colgó de inmediato.

No tardó en oscurecer. Eric no encendió ninguna luz y se quedó sentado observando y pensando.

Su confidente no había dudado en aceptar un encuentro; eso le indicaba que, o el hombre era consciente de la validez de su información, o simplemente estaba jugando, entreteniéndose a costa de Eric. Por el bien del confidente, y por su buena salud, Eric esperaba que fuera lo primero y no lo segundo.

Sumido en esas meditaciones, Eric apenas se fijó en que las luces de un camión iluminaban la húmeda penumbra al acercarse por la calle. Pero aquello captó completamente su atención cuando el camión, de tamaño mediano, dio la vuelta en el camino de entrada de la casa que él estaba vigilando.

—¿Más compañía? —murmuró Eric inclinándose hacia adelante para ver mejor.

La luz de la puerta principal se encendió, pero las otras luces de la fachada permanecieron apagadas.

Del camión bajó un hombre de estatura baja y un poco grueso, al mismo tiempo que de la casa salían dos hombres. Incluso en la oscuridad, Eric podía identificar a aquellos hombres como Bob Freeman y Glen Reber.

Los tres hombres se reunieron y el tipo pequeño y grueso se dirigió a abrir la parte trasera del camión, para perderse luego en su oscuro interior.

—Mmm… —murmuró Eric.

Freeman y Reber se dirigieron hacia la parte trasera del vehículo. Momentos después, el otro hombre apareció en la entrada cargando con una silla de ancho respaldo.

«Qué curioso», pensó Eric frunciendo el ceño. «Una compañía que entrega muebles por la noche… ¿un domingo por la noche?», se preguntaba.

Mientras Freeman y Reber llevaban la silla al interior de la casa, el otro hombre volvió a desaparecer en el interior del camión, para aparecer una vez más cargando otra silla. Momentos después Freeman y Reber volvieron para recoger la segunda silla. En el momento en que la sacaron del camión, el conductor se apresuró a subir a la cabina del vehículo. Y antes de que los otros dos entraran en la casa, encendió el

motor y se puso en marcha. El camión se alejó por la calle cuando Freeman y Reber metían la silla por la puerta.

La operación había durado menos de quince minutos. «Evidentemente», pensó Eric. Estaba lloviendo mucho, así que era comprensible que los hombres se apresuraran a hacer su trabajo.

Comprensible, pero también curioso. Curioso porque el trabajo habría sido más rápido y un poco más fácil con las cuatro luces de la fachada encendidas. Eric sabía que con las luces encendidas le hubiera sido posible leer el letrero que había alcanzado a ver en el camión cuando dio la vuelta.

Pero con aquella oscuridad sólo pudo leer una palabra: Acme. «Demonios», pensó disgustado; ¿estaba encontrando una pista o se hallaba ante una serie de dibujos animados del Correcaminos?

«Oh, bueno, no es mucho pero es mejor que nada», pensó Eric. Tomó la guía telefónica y empezó a buscar tiendas de muebles o compañías con el nombre Acme. Apenas había comenzado cuando de pronto su estómago gruñó a modo de queja. Miró su reloj y con sorpresa se dio cuenta de que ya iban a dar las siete, y Tina le había dicho que llegara a las seis y media.

Iba a llegar tarde, pensó Eric. Hizo a un lado la guía telefónica y se dirigió al dormitorio. Después de ducharse, afeitarse y lavarse los dientes en un tiempo récord, se puso una camisa azul y unos pantalones vaqueros. Luego, llevando en una mano los zapatos y los calcetines, volvió a su puesto junto a la ventana.

Estaba vigilando la casa al tiempo que se calzaba los zapatos de piel, cuando se abrió la puerta y salió Glen Reber. Eric no le perdió de vista mientras salía a toda prisa por el camino de entrada, para dirigirse luego hacia su coche.

Maldiciendo en voz alta, Eric se levantó, tomó su chaqueta y salió del apartamento. Corriendo rodeó el garaje y en ese momento alcanzó a oír el ruido del motor del lujoso coche de Reber. Las luces delanteras se encendieron cuando el coche se puso en movimiento. Pasó junto a Eric cuando él caminaba por la acera y se dirigía hacia la casa de Tina.

Olvidándose de Reber, de la pareja de la casa de enfrente y de la extraña entrega de muebles en una noche de domingo, Eric llegó a la puerta de Tina y tocó el timbre conteniendo el aliento. Llegaba con más de media hora de retraso.

Esperó que Tina no le abriera la puerta con un objeto pesado en la mano dispuesta a golpearlo por haberle estropeado la cena.

Capítulo 6

—Estaba deliciosa. De verdad eres una excelente cocinera.

Tina sintió que se ruborizaba por el cumplido de Eric. La prueba de su sinceridad la constituían los platos vacíos y los diezmados restos de pollo que estaban sobre la mesa frente a ella.

No, Tina no necesitaba una confirmación verbal, pero adoraba escuchar su voz. Aquello acababa con el último rastro del disgusto que se había llevado porque llegó tan tarde. Por suerte a la comida no le había pasado nada.

En cuanto a ella, no podía decir si la comida había estado buena, mala o regular. Había comido poco. Y eso no se había debido a una falta de apetito, sino a la presencia turbadora del hombre que estaba sentado frente a ella en la pequeña mesa.

Incluso vestido de manera informal, Eric hacía gala de un poderoso atractivo.

«¿Poderoso? ¡Ja!», pensó Tina, tratando de coordinar sus pensamientos. «Desmoralizador más bien». Entendiéndose por desmoralizador el hecho de que, con una sola mirada de Eric, su moral y sus firmes principios se ponían a temblar.

—Gracias —logró responder Tina al fin— Me alegro de que te haya gustado —bajó la mirada, con una involuntaria provocación al agitar sus largas pestañas. Al escuchar el sonido inconfundible que emitió él al contener el aliento, se volvió para mirarlo con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo malo?

—Eh… ah, no, claro que no —su expresión era sospechosa—. ¿Qué podría estar mal?

—No sé, pero… —la voz de Tina se ahogó en un suspiro, y se encogió de hombros, no queriendo continuar con ese tema.

—¿Pero qué? —preguntó Eric sonriendo.

—Nada. Olvídalo —haciendo a un lado la sensación de que se había perdido algo, Tina sonrió— ¿Estás listo para el café… y para la gran prueba del postre?

—Tráelo —dijo él con voz profunda y seria—. Te juro que seré imparcial.

Entornando los ojos, Tina se puso de pie y empezó a recoger los platos.

—Primero déjame recoger todo esto. Tengo que hacer espacio en la mesa.

—Permíteme que te ayude —Eric se puso de pie tomando con una mano el plato de la carne y con la otra los cubiertos… y los dedos de ella.

Tina estaba segura de que el contacto de su mano sobre la de ella

fue impersonal y puramente accidental. Al menos pensaba que había sido impersonal por parte de Eric.

—No —de inmediato Tina se dio cuenta de que su negación fue demasiado brusca. Volviendo a tomar el control, o lo que quedaba de él, apartó suavemente la mano de la de él—. Sólo me llevará un minuto. Yo lo haré.

—Pero yo quiero ayudar —el brillo de sus ojos azules no se correspondía con su tono suave.

—No es necesario —protestó Tina rehuyendo su mirada—. Tú eres el invitado.

—¿Y qué? —Eric la siguió a la cocina—. Tú preparaste la cena —dijo siguiéndola hasta el fregadero—. Yo puedo hacer mi parte ayudando a recoger —al decir eso observó la cocina y posó la mirada en la tarta que Tina había sacado de la nevera antes de la cena—. ¡Vaya! —exclamó con perplejidad fingida—. Esa tarta de limón con merengue parece perfecta —desvió la mirada hacia ella—. Dios, es preciosa. Tal vez debemos enmarcarla en vez de comérnosla.

Aliviada por la desaparición de la tensión anterior, Tina estuvo más que dispuesta a seguirle el juego. Apretó los labios e hizo como si reflexionaran sobre su sugerencia.

—¿Sabes? Puede que tengas razón. Aunque va a costar un poco de trabajo enmarcarla —hizo una pausa como si considerara las diferentes posibilidades y una sonrisa iluminó su rostro—. Creo que podría pintarla con un barniz y usarla como adorno para la cocina.

—No —Eric se echó a reír—. No puedo esperar más para destruirlo —se volvió para regresar al comedor—. Tú encárgate del café. Yo terminaré de recoger la mesa.

La tarta resultó un éxito inefable. Eric necesitó comer dos rebanadas de buen tamaño antes de dar el veredicto final sobre aquella competición no oficial entre su madre y Tina. Fue más espléndido con los halagos para el postre de lo que lo había sido para el resto de la cena.

Una vez más, complacida por sus cumplidos, Tina entró gozosa en la cocina para meter los platos en el lavavajillas. Cuando terminó con esa tarea y la cocina quedó otra vez impecable, su júbilo se vio interrumpido al tomar consciencia de algo.

La cena había terminado. La noche aún era joven. Eric y ella estaban solos en la casa.

«¿Ahora qué?», se preguntó.

Si ese pequeño intercambio de corriente eléctrica que había experimentado cuando se tocaron sus manos quería decir algo, Tina temía lo que podría ocurrir después.

Todavía temblaba por dentro por el incidente, incluso después del breve respiro del que había disfrutado después de alejarse de él.

Como Tina había insistido en terminar de recogerlo todo ella sola, Eric había aceptado quedarse en la sala después de que terminaron la segunda taza de café. Cuando ella volvió al comedor para limpiar la mesa, él estaba sentado en una silla frente a la ventana que daba a la parte delantera de la casa.

Tina había experimentado cierta nostalgia al observar la imagen hogareña de Eric sentado en la silla. Se había quitado los zapatos y tenía los pies apoyados en el alféizar, mientras hojeaba el periódico del domingo.

Entonces Tina había suspirado y sonreído. Pero entonces era entonces, y ahora era ahora, y estando inmóvil e indecisa en medio de la cocina, no sabía que debía hacer en ese momento. Había pasado tanto tiempo desde que estuvo sola por última vez con un hombre, que no sabía cómo actuar.

De pronto le vino a la memoria la idea que había tenido aquella mañana de seducir a Eric.

«Sí. Bien», pensó.

Sintió un estremecimiento. Las condiciones le eran favorables. Había sido muy fácil estar con Eric, hablar con él, reír con él, antes y durante la cena. Él se había comportado como un caballero… un caballero ligeramente malicioso, no se había pasado de la raya con palabra o insinuación alguna.

Era su propia imaginación la que se había pasado de la raya.

Y sin embargo, para ser sincera, Tina se disculpaba por el hecho de que, desde el mismo momento en que le abrió la puerta, había existido una tensión casi tangible entre ellos.

La tensión era de naturaleza sexual. De eso estaba segura. Aun con su limitada experiencia, habría tenido que ser completamente insensible para no percibir e interpretar aquella corriente eléctrica de magnetismo sensual.

Sinceramente, Tina no estaba en contra de esas nuevas y excitantes sensaciones.

Ella era una mujer, y él un hombre.

Todo estaba muy bien en teoría, razonó Tina, admitiendo su cobarde comportamiento al negarse a acompañar a Eric en la sala. Pero, en vista de su reacción a aquel breve contacto, ¿cómo iba una novata como ella a aprender las reglas del ritual del amor sin mantener algo de aplomo?

Pero se dijo que no lo iba a lograr escondiéndose en la cocina. «Crece, Tina. Ha llegado el momento de que hagas algo por despertar

tu latente sensualidad. Entra allí y aprende a ser… si no mala, por lo menos un poco traviesa», pensó.

Antes de que pudiera arrepentirse, Tina se irguió, alzó los hombros y salió de la cocina. Al entrar en el comedor, adoptó un paso gracioso y lento.

Eric no podía verla. Al menos no pareció verla. ¿Cómo podría hacerlo con la vista aparentemente clavada en las páginas del periódico? Dejando escapar un suspiro, Tina tomó asiento en la silla que estaba al otro lado de la ventana.

Eric la sintió en el mismo instante en que entró en la habitación. El vello de la nuca se le erizó al reconocerla. Los dedos que momentos antes se habían cerrado sobre los de ella se movieron al recordar la experiencia. Se le secó la boca, como había sucedido cuando ella bajó la mirada en la mesa, seduciéndolo inocentemente con el movimiento de sus pestañas.

«¿Inocentemente?», se preguntó. Deseaba de todo corazón que lo fuera.

Manteniendo los ojos fijos sobre la página que ya no veía, Eric dominó los estremecimientos que recorrían su cuerpo.

«Tina». El nombre le daba vueltas en la cabeza como la sinfonía más dulce, despertando en su interior un dolor nunca antes sentido. Se formó una imagen de ella, una sorprendente visión exacta en el más mínimo detalle.

Esa noche Tina se había dejado el cabello suelto. La suave cascada dorada le acariciaba los hombros cuando se movía, una verdadera tentación para los dedos de Eric. Iba vestida de manera informal con un suéter y una falda. Pero no había nada de informal en el efecto que causaba sobre sus sentidos el suéter al adaptarse a la curva suave de sus senos, y la amplia falda flotando alrededor de sus magníficas caderas y de sus piernas cada vez que caminaba.

Sus ojos de color castaño lo encantaban, al igual que su boca sensual. Se le hizo un nudo en la garganta, y el estómago se le contraía cada vez que la miraba.

Eric no quería reflexionar sobre esas sensaciones. Eran demasiado profundas, demasiado intensas, iban más allá de una mera atracción física. Y eso le daba miedo.

¿Cuando había reaccionado así ante el simple contacto de la piel de una mujer? Eric no necesitaba pensar demasiado en la respuesta. Esta apareció en su mente grabada con letras de fuego.

«Nunca».

Por experiencia, Eric sabía que podía abandonarse a sus sentidos sin descuidar la misión en la que se encontraba en ese momento. Pero

esa especie de ofuscación de la mente y de los sentidos lo hacía sentirse vulnerable y expuesto.

Por su sola asociación con los sospechosos principales en aquel negocio sucio, la misma Tina era una sospechosa. Y, haciendo a un lado su instinto e inclinación, Eric sabía que estaba avanzando hacia el desastre al relacionarse de una manera tan personal con ella.

Alguien podría salir herido; Eric empezaba a temer que él pudiera ser ese alguien.

Ahí estaba el problema. ¿Cómo iba a poder resistirse a Tina cuando cada célula de su ser se rendía a la fuerza de la atracción que lo arrastraba hacia ella?

Deseaba a Tina con todas sus fuerzas. Y por primera vez en su vida profesional, Eric temía estar a punto de embarcarse en una atracción que iba en contra de todos sus principios.

Si tuviera algún sentido común, reflexionó, se alejaría de Tina y de su casa hasta que se aclarara su culpabilidad o inocencia. Pero en ese instante reconoció que no tenía intención ni de escuchar ni de seguir los dictados de su sentido común. Lo que tuviera que pasar, iba a pasar.

Encogiéndose de hombros mentalmente, Eric levantó la vista del periódico para encontrarse con que Tina lo estaba mirando; su expresión era un verdadero estudio de confusión interna, de conflicto, extremadamente excitante, de inocente interés sexual.

«¿Inocente?». La pregunta volvió a aparecer en la mente de Eric.

«¡Sí, maldita sea! Inocente», se contestó.

La tensión entre ellos resultaba casi palpable; Eric tenía la sensación de que podía tocarla si levantaba una mano. Sonrió ante esa idea.

Ella le devolvió la sonrisa con una ansiosa vacilación que, al mismo tiempo que adorable, tenía la fuerza de activar todas las hormonas de Eric.

—Hola —Eric estaba sorprendido de haber podido articular siquiera una sola palabra, dado el estado mental en que se encontraba.

—Hola —Tina parecía tan perturbada como él.

—¿Ya has terminado de limpiar la cocina?

—Sí. ¿Te gustaría hacer algo?

—¿En qué estas pensando? —la sonrisa de Eric era seductora.

—¿Un juego?

—¿Como cuál?

—¿Parchís? —sugirió ella.

Eric disimuló su diversión.

—Ehh… no.

—¿Dominó?

Temiendo estallar en carcajadas si abría la boca, Eric respondió con un rápido movimiento negativo de cabeza.

Los ojos de Tina brillaron con una expresión de divertida sospecha.

—¿A las cartas?

—¿Cartas? —repitió Eric antes de dejar escapar un torrente de carcajadas.

Tina logró mantener una expresión indignada durante quince segundos; después, su propia risa se mezcló con la de él.

—Está bien —dijo ella cuando el mutuo ataque de hilaridad cesó —. ¿Entonces qué?

Eric dominó el impulso de expresar el deseo en que estaba pensando, y miró de reojo el equipo de música que se encontraba en una esquina de la sala.

—¿Qué te parece algo de música?

—¿Música? —Tina frunció el ceño—. Sí, claro, pero…

—Si empujamos un poco el sofá para atrás —la interrumpió él para explicarle—, podríamos tener espacio suficiente para bailar.

—¿Bailar? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Claro. ¿Por qué no? —prudentemente Eric no le explicó la clase de danza en posición horizontal que prefería bailar con ella, y se consoló con la esperanza de tenerla al menos en sus brazos—. He deseado bailar contigo desde la noche del viernes, en el pub.

—Pero nunca me dijiste una sola palabra acerca de bailar —Tina frunció el ceño—. ¿O sí?

—No —Eric hizo una mueca—. Diablos, apenas podías abrirte paso entre la gente, ya no digamos bailar —señaló el suelo con un movimiento de la mano—. En comparación con el suelo del pub, esto es una verdadera pista de baile —le dirigió su sonrisa más encantadora—. ¿Qué dices?

Tina dudó, pero sólo por un momento, y entonces se encogió de hombros.

—Bueno, está bien. ¿Qué clase de música te gustaría? —se puso de pie para conectar el equipo de música.

—¿Qué tienes ahí?

—Bueno, yo prefiero los clásicos —le confesó Tina en un tono de advertencia, casi de disculpa.

—¿Tienes algo de Rod Stewart? —preguntó él, pensando particularmente en Esta noche es la noche.

—No.

—¿Phil Collins? —sugirió Eric pensando en Una noche más.

Tina negó con la cabeza.

—Bueno, no creo que podamos bailar la quinta de Beethoven —replicó exasperado—. ¿Qué tienes para bailar?

—Tengo algo de Mantovani.

Eric pestañeó y luego la miró con incredulidad.

—¿Mantovani? —preguntó sorprendido y divertido a la vez, después de largos segundos de patidifuso silencio—. Mi madre y mi abuela tienen a Mantovani.

—También la mía. Crecí escuchando a Mantovani. ¿Qué tiene de malo Mantovani? —esa vez la indignación de Tina no era fingida.

—Nada, nada, Mantovani está bien. Es un vals, ¿no?

—Aja… —Tina asintió—. Violines, ya sabes.

—Sí, está bien —replicó Eric.

Momentos después, los primeros acordes de Fascinación flotaron en el aire. A Eric se le aceleró el pulso cuando Tina se acercó bailando, directamente a sus brazos.

«Vaya, este Mantovani no está tan mal», reflexionó Eric, ajustando sus pasos a los de ella. Tenerla en sus brazos era maravilloso… incluso con los centímetros que separaban su cuerpo de su atractiva figura.

Eric quería acercarla hacia sí, sentir cada uno de sus movimientos, pero luchó contra el impulso. «No lo estropees, Wolfe», se dijo. Ella había ido a sus brazos por su propia voluntad, pero él todavía podía sentir su incertidumbre en sus músculos tensos. «Ve despacio. No lo eches a perder apresurándote», se dijo.

Decidiendo seguir el consejo de su conciencia, trató de pensar en un tema de conversación para hacer que se relajara.

—Ah, a propósito —de pronto recordó la noche del viernes—. Me gustaron tus amigos —«a excepción de Ted», agregó en silencio.

—Qué bien —Tina le regaló una sonrisa que lo dejó sin aliento—. Son buena gente, chicos agradables —Tina rió, y el sonido de su risa impactó de lleno en los sentidos de Eric—. Hasta cuando se ponen idiotas.

—No tiene nada de malo un poco de diversión —Eric rió con ella —. Buena gente —y lo sabía gracias a su hermano. Sólo esperaba que el buen carácter de sus amigos fuera un reflejo del de Tina.

Ese comentario tuvo un efecto relajante sobre Tina. Respondió de buena gana a las preguntas que Eric le hizo sobre su negocio.

La cuarta melodía era más lenta que el vals. La conversación cesó. Sus pasos se hicieron más lentos. Eric acercó a Tina contra su cuerpo. De manera sorprendente, a pesar de la gran diferencia de estaturas, el cuerpo de la chica se adaptaba muy bien al de él.

Los violines se intensificaron… y Eric también.

Murmurando una protesta por el contacto demasiado íntimo, Tina

se apartó un poco.

—Perdona —Eric maldijo en silencio la respuesta demasiado rápida de su cuerpo, y le dirigió una sonrisa de disculpa—, pero no tengo mucho control sobre mis propias reacciones.

Tina lo miró con los ojos muy abiertos y expresión solemne.

—Ya veo, pero eso le sucede a la mayoría de los hombres.

Habían dejado de bailar y sólo se movían con la música. El roce ocasional de sus cuerpos había provocado un rubor encantador en las mejillas de Tina.

—¿Eres una experta en las reacciones de los hombres? —le preguntó Eric con una voz engañosamente fría, preguntándose cómo habría adquirido ella esa experiencia.

—No, pero estuve casada con uno.

Eric se quedó sorprendido por la fuerza del sentimiento de alivio que lo invadió. Estaba tan perplejo que tuvo que tomar varias veces aliento antes de hablar.

—Está bien —deslizó una mano por su espalda, como si no pudiera resistir la tentación de tocar su cabello brillante—. Por un momento, se me olvidó —cerró los dedos sobre sus sedosos mechones, obligándola con suavidad a que echara la cabeza hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —la voz de Tina era suave, un susurro en sus labios temblorosos.

—Voy a besarte —contestó al tiempo que se inclinaba hacia ella.

—Eric.

—¿Mmm? —murmuró él besándola levemente en los labios.

Tina tomó aire y luego preguntó:

—¿No estás incómodo?

—Un poco —volvió a besarla.

—Pero… ¡oh!

—¿Pero qué?

—Te vas a hacer daño con la espalda.

—¿Qué importa? —murmuró él y la besó apasionadamente.

Capítulo 7

Al cabo de unos segundos a Tina no le importó nada excepto la boca de Eric moviéndose sobre la de ella.

La música desapareció. La habitación desapareció. El mundo desapareció.

Todo lo que quedaba era Tina y Eric, y las sensaciones increíbles creadas por unos labios en contacto con otros.

Los labios de Eric eran increíblemente delicados en su exploración del contorno y textura de la boca de Tina.

La ausencia de urgencia, de demanda en el beso, atenuó la incertidumbre que se encendió dentro de Tina cuando Eric expresó su deseo de besarla.

Eric la acunaba con cuidado en sus brazos. Así como su boca no atacaba, también sus manos se contenían de tocar, de probar, de tomarse libertades que Tina no le había ofrecido.

El tiempo se había detenido. No importaba, no existía.

Para Tina, la existencia se limitaba a dos bocas; una que instruía, otra que aprendía. Después de una vacilación inicial, ella buscó ansiosa la enseñanza, dando la bienvenida a la nueva experiencia.

Lenta y tentativamente, Tina entreabrió los labios temblorosos en una rendición y aceptación de la superioridad de Eric en el conocimiento de la materia.

La respuesta de Eric fue inmediata. Y el deseo explotó dentro de ella, llenándola de una fuerza nueva.

La imaginación de Tina la transportó a un reino de mil posibilidades eróticas.

De manera repentina, la boca de Eric lanzó pequeños dardos de placer por todo su cuerpo suscitándole un hambre que no podía esperar. Fue entonces cuando Tina se aferró a él y dio rienda suelta a la expresión de unas necesidades que exigían ser aplacadas.

Tina era una buena alumna, aprendía rápido lo que le enseñaba su maestro. Sus labios se suavizaron bajo la presión dura de los de Eric, y sus lenguas se batieron en un duelo. Cuando él enterró los dedos en su cabello, ella hizo lo mismo. Y cuando Eric deslizó una mano hacia la parte baja de su espalda, Tina arqueó el cuerpo hacia la dura evidencia de su excitación.

Eric reaccionó con una rápida seguridad que hizo que mente y los sentidos de la joven dieran vueltas. Mientras seguía sosteniéndola por la parte baja, deslizó la otra mano por su espalda y, la levantó en vilo.

Con ella en brazos, Eric salió de la sala para dirigirse por el pasillo hacia el dormitorio. Ninguno de los dos dijo una palabra; no lo necesitaban.

Sus actos hablaron por ellos.

Sus labios exploraron sus párpados cerrados, mejillas y oídos, para luego volver a fundirse una vez más con mayor desesperación. Y sus manos desabrocharon botones, apartaron ropas, revelaron cuerpos desnudos.

La cama era una morada, un cielo suave para sus miembros debilitados por la pasión. Cayeron en él murmurando suspiros de alivio.

Estaban juntos pero todavía no estaban unidos.

Eric no intentó abrumar a Tina demostrándole la intensidad de su deseo. Revelando otra faceta de su destreza, procedió a seducirla en mente, cuerpo y alma.

Sus manos acariciaron, palparon, memorizaron cada curva y plano de su cuerpo, mientras murmuraba palabras excitantes de aliento para que ella lo acariciara a su vez.

Su lengua siguió un camino lento y húmedo desde la nuca de Tina hasta la base de su espalda. Y a su tiempo la joven le devolvió la caricia.

Eric trazó círculos con los dedos alrededor de sus ojos, de su boca, de sus pezones y de su monte de Venus, mientras la estimulaba a realizar una similar exploración con su cuerpo.

Las inhibiciones desaparecieron; Tina devolvía cada una de las caricias de Eric, gozando con aquella exploración erótica.

El placer siguió y siguió, la tensión fue aumentando. Los besos de Eric se volvían más intensos, más ardientes, más osados, en los labios de ella, en su piel, en sus senos, en ese lugar más secreto de su cuerpo, hasta que, muriéndose de deseo por él, Tina le suplicó que la liberara.

Apartándose, Eric se alejó durante unos momentos y buscó algo en el bolsillo trasero de sus pantalones, que antes había arrojado a un lado. Y entonces, al fin, se acomodó entre los muslos de ella; su piel cubierta de vello raspaba sensualmente la piel satinada de Tina.

Con ansiedad Tina se alzó hacia él, deleitándose cuando la plenitud de Eric llenó el vacío dentro de ella. Con abandono salvaje se le unió en una pasión desenfrenada, cabalgando con él hasta alcanzar el pináculo de la gloria.

—¿Estás bien?

La voz profunda de Eric penetró en la conciencia de Tina. ¿Cuánto tiempo llevaba flotando en ese éxtasis? ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? No le importaba, porque había sido…

—Maravilloso.

—Sí, eso es lo que eres: una mujer maravillosa —con ternura

deslizó una mano por su costado, desde el seno hasta la rodilla; su voz suave le acariciaba los oídos.

Tina sonrió y abrió los ojos.

—Tú también —susurró, demasiado cansada para moverse—. Yo nunca antes… —su voz se perdió en un suspiro de satisfacción.

—Yo tampoco, nunca antes… —sonrió Eric con ternura. Deslizó la mano por su entrepierna—. ¿Crees que será posible repetirlo?

Tina pestañeó, tosió y luego separó las piernas para dejar paso libre a sus dedos.

—¿Tan pronto?

—Una locura, ¿no? —Eric bajó la cabeza hacia sus senos—. Pero ahí está —acercó las caderas contra su muslo para demostrarle lo que decía.

Hacía sólo un instante, Tina no había querido nada más que dormir. Ahora tenía los ojos bien abiertos; estaba consciente, excitada, temblorosa en respuesta a la sensación que le producían los labios de Eric sobre sus senos y el jugueteo de sus dedos.

Esa vez no hubo vacilaciones, ni aproximación lenta a la pasión. Eric era la misma pasión, el deseo encarnado.

Sus dedos siguieron haciendo destrozos en sus sentidos. La penetró con el cuerpo tenso, era una columna de fuego que quemaba su interior.

Y esa vez él no fue delicado; Tina se negó a admitir la delicadeza. Tomándolo por su firme trasero, lo atrajo hacia sí, arqueando las caderas.

—Ahora, ya —ordenó ella.

Eric profirió un gemido y empezó a moverse. Al llegar a un punto en el que ya no podía soportar más la tensión, Tina enterró las uñas en su carne, urgiéndolo a que entrara más y más profundamente dentro de ella, queriendo cada vez más de él.

Eric apretó los dientes, los músculos le temblaron, y se lanzó junto con ella al pináculo de la liberación. El sudor bañaba sus cuerpos.

Tina apenas podía respirar cuando sintió que la tensión que guardaba dentro le anunciaba una liberación inminente. El aumento del esfuerzo de Eric le indicó lo mismo.

Un suspiro final, un gemido angustioso, y entonces Tina se deshizo en un millón de pedazos. Y en ese preciso instante, oyó el grito de triunfo que lanzó Eric.

—Uff —murmuró él apartándose de ella para tumbarse a su lado —. Eso ha estado… —hizo una pausa como para buscar las palabras.

—¿Increíble? —sugirió Tina tomando aire.

—Sí.

—¿Tremendo?

—Sí —Eric se volvió para mirarla, sonriendo.

—¿Fantástico? —ella le devolvió la sonrisa.

—Oh, sí—Eric aceptó todo eso, pero no más. La experiencia había sido, lo era todavía, demasiado nueva, intensa y aplastante.

Iba a necesitar tiempo, tiempo para pensar después sobre ello, para meditar sobre sus efectos emocionales y mentales.

«Tiempo», pensó. ¿Qué era el tiempo? Eric frunció el ceño y recorrió la habitación con la mirada. Sus ojos se detuvieron en los números del reloj digital que estaba al lado de Tina.

¿Qué hora era? Aunque sus ojos seguían fijos en los números, su mente no había registrado la hora. Eran las once y cuarto. Cuatro horas después de la cena. Su estómago se quejó.

—Tengo hambre.

Tina se había sumido en un sueño ligero. De repente abrió los ojos al oír el sonido de su voz.

—¿Después de todo lo que has cenado? —le preguntó con incredulidad.

—Por si no lo has notado —replicó él encogiéndose de hombros—, soy un hombre grande.

Asumiendo una expresión seria, Tina recorrió con la mirada el cuerpo que estaba a su lado, antes de detenerse en su parte más masculina.

—Ya lo he notado —replicó con una voz tan seria como su expresión.

Eric se sentó riendo. Pero su risa cesó de manera brusca cuando advirtió que Tina se estremecía de frío.

—Tienes frío —afirmó él bajando las piernas de la cama y levantándose—. Vamos, un baño caliente te sentará bien.

La mirada que Tina le devolvió no fue muy entusiasta.

—También me sentará bien una manta.

—Sí, pero no sería ni la mitad de divertido.

Tina cerró los ojos y tiró de la manta para cubrirse el cuerpo tembloroso.

—Yo preferiría dormir… ¡Oh! Eric, ¿qué estás haciendo? —Tina gritó cuando él, riendo, la sacó de la cama.

Sin molestarse en contestar, la apretó contra su cuerpo para calentarla, y también porque le encantaba sentir el suave contacto de su piel.

—Eric, bájame —le ordenó rodeándole el cuello con los brazos.

Eric contuvo el aliento cuando la reacción de Tina hizo que sus senos hicieran contacto con su pecho. Y saboreando la sensación de

sus pezones endurecidos contra su piel, la llevó al baño. Cerró la puerta con el pie y, reacio, la puso en el suelo, dejando que su cuerpo resbalara de manera sensual sobre el suyo.

—Eres un tirano —dijo ella, pero no protestó cuando Eric la atrajo más hacia sí.

—Te sientes bien —murmuró Eric—. Hueles bien, también. Como una mujer que acaba de ser amada como debe ser.

Tina alzó la cabeza para mirarlo con horror.

—¿Quieres decir que huelo a puro sexo?

—Sí —Eric sonrió—. Eso me excita.

—¡Vaya cara! A pesar de la limitada experiencia contigo, yo diría que para eso no se necesita mucho.

—En eso te equivocas —Eric abrió los grifos de la ducha y la miró con expresión ofendida—. Yo no soy fácil, ¿sabes?

—En este momento —rió Tina posando la mirada en su sexo—, me veo forzada a admitir que realmente eres muy duro.

—Y me vuelvo más duro cada segundo —le confesó Eric con una sonrisa maliciosa. Después de probar la temperatura del agua, la tomó por la cintura y se metió con ella bajo la ducha.

—¡Eric! —Tina sacudió la cabeza—. ¿Quieres ahogarme?

—No —él se echó a reír y tomó el jabón—. Quiero lavarte… todo el cuerpo.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál? —Eric levantó una ceja y los ojos castaños de la joven brillaron divertidos.

—Que yo también pueda lavarte todo el cuerpo.

—Me propones algo difícil, mujer, pero no me dejas otra opción —frunció el ceño al tomar la pastilla de jabón—. El único problema es, ¿quién lo hace primero? —preguntó Eric, maravillado por la excitación que le producía aquel juego.

—Yo —Tina levantó la mano para tomar el jabón.

Eric alzó los brazos sosteniendo el jabón fuera de su alcance, riendo y a la vez estremeciéndose al sentir su cuerpo mojado resbalando contra el suyo.

Estaba confundido por la respuesta de su propio cuerpo. No era un muchacho; ya tenía treinta y tres años. Después de aquellos esfuerzos, Eric hubiera pensado que iba a caer exhausto, física y mentalmente.

Pero allí estaba otra vez, temblando en respuesta a las manos jabonosas de Tina, que le recorrían el cuerpo.

Aquello era irreal. Pero divertido.

Pero la pregunta era… ¿eran las circunstancias, o la habilidad de la mujer? ¿O era la mujer misma? Eric tenía el presentimiento de que se

trataba de la mujer misma.

A pesar del espacio limitado, y de la posición incómoda, el placer que se proporcionaban el uno al otro en el encuentro erótico era infinitamente satisfactorio.

—No puedo creerlo —en el tono de Tina había una mezcla de confusión y sorpresa.

«Únete al club», pensó Eric tomándola por la cintura para sacarla de la ducha.

—Como que uno pierde la cabeza, ¿no? —dijo él, secándole enérgicamente el cabello con una toalla.

La respuesta de Tina no pudo oírse bien por la toalla que le tapaba la cara.

—¿Qué? —Eric levantó una esquina de la toalla para mirarla—. No te he oído.

—He dicho que me estás asfixiando —Tina le quitó la toalla de las manos.

—Oh, perdona —Eric le dirigió una sonrisa conciliadora.

Tina no se dejó impresionar. Le lanzó una mirada irónica antes de enrollarse la toalla en la cabeza.

Eric tomó otra toalla y se acercó a ella para empezar a secarle el cuerpo. Pero Tina dio un paso hacia atrás.

—Yo me seco sola —dijo con aspereza—. Preferiría que no me tocaras.

Eric se quedó confundido y extrañado. Se le quedó mirando con incredulidad, no sólo por lo que ella había dicho, sino también por el doloroso rechazo que había experimentado.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. ¿Cómo puedes decir eso después de las últimas horas que hemos pasado juntos?

—Puedo decirlo precisamente por las últimas horas que hemos pasado juntos —repuso Tina—. Como sé a lo que nos puede conducir el hecho de que nos sequemos uno al otro, no estoy muy segura de poder sobrevivir a otro episodio contigo.

—He acabado contigo, ¿no? —Eric sonrió, y de pronto se sintió mejor.

—Bueno, la verdad es que sí —admitió Tina.

—Yo también —le confesó él riendo—. Y también me muero de hambre.

—Y yo —Tina arrojó la toalla a la cesta de la ropa y salió del baño.

—¿Qué tienes de comer? ¿Quedó algo de pollo?

—Un poco —respondió Tina con tono ausente mientras se ponía una bata— Puede alcanzar para dos sándwiches —se puso unas pantuflas antes de sentarse frente al tocador para cepillarse el cabello.

—¿Tienes lechuga y tomate? —preguntó Eric mientras se ponía los pantalones.

—Creo que sí —Tina frunció el ceño a su imagen en el espejo—. Debería secarme el cabello con el secador.

Eric terminó de ponerse la camisa y se calzó. Luego caminó hacia la puerta.

—Voy a preparar los sándwiches mientras tú te secas el cabello —empezó a silbar cuando se dirigió a la cocina, pero de repente se detuvo—. ¿Quieres que le ponga de todo al tuyo?

—Claro —contestó ella—. Si voy a comer después de medianoche, será mejor que llegue hasta el final.

«Que llegue hasta el final». Esas palabras le recordaban a Eric una canción con el mismo título. Y empezó a cantarla mientras untaba el pan de mayonesa.

—Llegar hasta el final, llegar hasta el final —cantaba Eric cuando de repente se quedó mirando al vacío con los sándwiches a medio hacer.

Tina había llegado hasta el final con él esa noche, reflexionó mirando el tomate que tenía en una mano y el cuchillo que tenía en la otra. Ella se le había entregado libremente, incondicionalmente. Había puesto la mirada sobre Tina, decidiendo que la tendría, muy pronto después de su primer encuentro… que él había planeado fríamente.

Pero no la había tomado, sino que se había unido a ella. No le había hecho el amor; había hecho el amor con ella. Eric entendía y reconocía la diferencia sutil que había entre los dos conceptos.

Eric cortó los tomates con expresión ausente y terminó de preparar los sándwiches. Luego buscó en los cajones esperando encontrar una bolsa de patatas fritas, mientras pensaba en las posibles consecuencias de sus deducciones.

Tina le importaba. De verdad le importaba, reconocía Eric.

—¿Está lista la comida? —preguntó Tina al entrar en la cocina.

—Sí —respondió Eric, contento de poner fin a sus cavilaciones.

—Bien. ¿Quieres agua mineral o leche?

—Leche —Eric se volvió para sonreírle y sintió que se quedaba sin aliento.

Con el cabello como un halo dorado y brillante alrededor de su rostro recién lavado, la apariencia inocente de Tina hizo más que quitarle el aliento. Le produjo una extraña sensación de dolor en el corazón.

—¿Qué estás buscando?

—¿Eh? —preguntó confundido Eric.

La sonrisa de Tina era amable, aumentando el dolor de su corazón.

—Te he preguntado si estabas buscando algo en particular en los cajones.

—Ah, sí. ¿Tienes patatas fritas?

—Tres cajones más abajo.

Cuando encontró las patatas se las comieron rápido junto con los sándwiches y muchos vasos de leche. Tina sacó el tema de los preparativos para dormir mientras recogían los platos.

—Ah… ehhh… ¿piensas… piensas quedarte a pasar la noche aquí? —se volvió para guardar la leche en la nevera.

—¿Puedo? —preguntó Eric, esperanzado.

Tina dudó; él contuvo el aliento.

—Puedes —respondió ella—, si quieres.

—Quiero. Quiero dormir contigo, despertarme contigo —Eric se detuvo a tiempo antes de añadir: «todas las noches durante el resto de mi vida».

Tina se volvió para mirarlo y esbozó una sonrisa trémula.

—Yo también quiero dormir contigo.

Eric sintió ganas de saltar. Pero no lo hizo. En vez de eso se obligó a ser práctico.

—¿A qué hora quieres despertarte por la mañana?

—A eso de las siete y media.

—También es una buena hora para mí —Eric recordó la cita que tenía con su confidente—. Tengo que ir al centro temprano, así que puedo dejarte en la tienda.

Tina negó con la cabeza.

—La tienda está cerrada los lunes, pero de todos modos quiero levantarme temprano. Puedo recoger mi coche a cualquier hora después de las ocho cuando abran el taller.

—Está bien —Eric se encogió de hombros—. Te dejaré en el taller antes de irme al centro.

Tenía el estómago lleno. La cocina estaba limpia. Ya era tarde. Le ofreció su mano a Tina.

Hacía frío en el dormitorio. Eric se estremeció al quitarse la ropa. Pero parecía que a Tina no le importaba el frío. Cuando se quitó la bata, él sonrió con ironía. No sólo se había secado el cabello mientras él preparaba los sándwiches; también se había puesto un camisón largo de franela que le tapaba hasta el cuello, del tipo del que usaba su propia abuela.

—Hacía frío —explicó ella a la defensiva.

—Aja —murmuró él—. ¿De verdad vas a dormir con esa tienda de campaña puesta?

—Sí —replicó ella alzando la barbilla—. ¿Alguna objeción?

—No —Eric sonrió—. Es tu cama.

—Y pretendo dormir en ella.

—Ya te he oído —su sonrisa se convirtió en una risa suave—. Yo… de todos modos no pretendía hacer otra cosa. Es decir, nada más aparte de un beso de buenas noches —levantó una ceja—. ¿Está bien?

—Está bien.

Como una concesión al repentino pudor de Tina, Eric se metió en la cama en calzoncillos. El beso de buenas noches que intercambiaron fue corto, pero extrañamente tierno y reconfortante. En el instante en que sus labios se separaron, Tina le deseó buenas noches y se dispuso a dormir, dándole la espalda.

Eric se quedó tumbado de espaldas, meditando sobre aquel beso.

«Estoy durmiendo con una sospechosa».

Ese pensamiento lo sobresaltó. «Vaya un policía que eres», se reprendió. Volviéndose hacia ella, le rodeó la cintura con un brazo.

Capítulo 8

—¿Cenamos?

—Bueno —contestó con calma, reprimiendo el impulso de saltar y gritar: «Sí, sí».

—¿Tienes ganas de algo en particular? —la voz de Eric sonaba deformada a través del casco negro—. ¿Comida italiana, china, griega?

Tina se quitó el casco y se sacudió el cabello.

—No. ¿Y tú? —le entregó el casco a él y con las manos se alisó los pantalones de lana.

—Marisco —contestó Eric mientras se volvía para atar el casco al asiento—. Langosta, y quizás una docena de almejas al vapor para empezar —se volvió a tiempo para ver su sonrisa—. No empieces otra vez con esa canción acerca de mi apetito —le advirtió con voz divertida—. ¿Te parece bien un restaurante de marisco?

—Sí —Tina le dedicó una amplia sonrisa, producto de su buen humor—. ¿A qué hora?

—¿Será muy temprano a las seis?

—No, a las seis está bien —contestó Tina, contemplando admirada su cuerpo musculoso, desde los pies hasta el casco que escondía su expresión.

—Basta ya —la voz de Eric era profunda y ronca, revelando su respuesta a la mirada que ella le había lanzado—. Yo tengo que irme y tú tienes que sacar tu coche del taller —con un movimiento de cabeza señaló el taller que estaba detrás de ella—. Esta noche voy a dejar que seas mi chófer.

—Qué amable —Tina se echó a reír.

—Sí, ¿verdad? —la risa de Eric se mezcló con la de ella—. Realmente que soy un buen tipo.

—Tu modestia me abruma —Tina se volvió hacia el taller—. Nos vemos a las seis. Y conduce con cuidado.

—Siempre lo hago.

«Sí, claro», pensó Tina, sobresaltada por el ruido que hizo la moto cuando él arrancó. Por unos momentos sintió miedo al recordar la manera de conducir de Eric la mañana del viernes. Pero pensándolo mejor, también recordaba su habilidad para manejar aquella máquina y se sintió más tranquila.

El coche estaba listo. Tina se sentía tan bien, tan animada, que ni siquiera le dio importancia a la factura que le presentó el mecánico. Con una sonrisa tranquila firmó el cheque, se lo entregó y subió a su coche. Canturreando en voz baja, se alejó.

Mientras conducía, Tina se sentía como si volara, como si el coche

viajara sobre nubes rosas.

Era una sensación encantadora. Tina presentaba un aspecto radiante. Un observador ajeno habría concluido que estaba enamorada.

Pero ella aún no había llegado a esa importante conclusión. Se sentía bien. Se sentía feliz. Se sentía deliciosamente satisfecha, emocional y físicamente.

Eric estaba sentado en la moto, rugiendo pero inmóvil; tenía un pie apoyado en la acera y el visor del casco escondía su expresión observadora.

Se dedicó a buscar entre la multitud el rostro familiar de su confidente. Cuando lo localizó, hizo avanzar la moto lentamente a lo largo de la acera, calculando la velocidad para llegar a la esquina al mismo tiempo que el hombre.

El contacto tenía la apariencia inocente de un conductor pidiendo información acerca de una dirección.

—¿Qué pasa? —preguntó Eric mirando a su alrededor, como si estuviera confundido.

—Ha habido un pequeño embarque —dijo el contacto levantando un brazo como si le estuviera indicando la dirección—. Al parecer hay mucha demanda, y habrá uno o dos pequeños embarques más antes de que se entregue el gordo.

—Gracias —Eric extendió la mano derecha depositando varios billetes en la palma del confidente.

—Estoy seguro de que ahora no tendrá problemas, señor —dijo el hombre en voz más alta.

El semáforo se puso en verde; Eric se despidió con la mano y se marchó.

Diez minutos después, bajaba al aparcamiento subterráneo de un complejo de viviendas, y aparcaba la moto entre la pared y el parachoques delantero de su propio coche, de tamaño mediano. Se desahogó bajando de una patada el soporte; luego se dirigió hacia el ascensor y presionó el botón del piso catorce.

Durante todo el trayecto las palabras del contacto resonaban en su cabeza: «Antes de que se entregue el gordo».

«Maldita sea», murmuró Eric, entrando en su apartamento de un solo dormitorio. Ya sabía que había algo sospechoso en aquella entrega de muebles del domingo por la noche.

Había sido muy desafortunado que no hubiera podido leer la matrícula del camión, pensó furioso. Porque podía apostar a que no había ningún Acme Furniture Co. en la guía telefónica.

No le llevó mucho tiempo confirmar su sospecha. «Qué sorpresa»,

pensó Eric con expresión sarcástica. Hizo a un lado la guía telefónica y miró a través de la ventana, sin ver realmente el paisaje.

El confidente pensaba que habría una, tal vez dos, pequeñas entregas antes de la grande.

«¿Cómo de grande?, se preguntó Eric, inquieto. El iba a estar allí para interceptar esa entrega. Todo lo que tenía que hacer era esperarlos, prolongar sus vacaciones si era necesario, pero esperarlos. La presa haría que mereciera la pena la espera.

Eric decidió que, después de la próxima entrega, llamaría a su superior para invitarlo a dar el tiro de gracia. Sonrió con satisfacción y presionó el botón del contestador automático.

Había un par de mensajes de unos amigos que le preguntaban en qué agujero se había metido, y otro de su madre.

—Eric, suponiendo que estás vivo, ya que no he recibido noticias de lo contrario, ¿harías el favor de llamarme en un futuro no muy lejano? Tengo algunas buenas noticias que darte.

Eric rió y decidió que ahora era ese futuro no muy lejano. Volvió a conectar el contestador y descolgó el auricular para marcar el teléfono de su madre. Maddy contestó a la cuarta llamada.

—¿Diga?

—Hola, preciosa. Soy yo, Eric, tu retoño todavía vivo.

—Vaya, me alegro de que me lo digas —repuso Maddy imitándolo en el tono—. Nunca lo habría adivinado.

—¿Las buenas noticias que mencionaste tienen algo que ver con la vida amorosa de Jake? —preguntó Eric.

—Oh… —exclamó Maddy, consternada—. ¿Tú también? ¿Cuando hablaste con Cameron?

—Ayer —repuso él frunciendo el ceño—. ¿Y a qué te refieres con «yo también»?

—Hace media hora me llamó Royce —explicó ella.

—El hermano mayor te robó la noticia, ¿no? —Eric se echó a reír.

—¿No lo hace casi siempre? Te juro que ese hermano tuyo es más «mamá gallina» que yo.

—Sí —Eric sonrió—. El solitario Wolfe vigila a toda la familia —se echó a reír—. Hace que nos sintamos mimados, queridos y protegidos, y hasta… sobreprotegidos a veces.

—Mira, Eric —dijo Maddy en tono recriminatorio—. Cameron sólo está velando por nuestros intereses.

—Ya lo sé, ya lo sé, y se lo agradezco… aunque a veces es un poco pesado —deseando cambiar de tema, decidió regresar a la noticia que ella había intentado darle—. Entonces el pequeño Jake está enamorado, ¿no?

—Bueno, si no lo está, entonces Jake está haciendo una actuación muy buena de un hombre enamorado —replicó Maddy con voz divertida—. Y Sarah es una mujer encantadora.

—Te gusta, ¿no? —Eric sabía de la habilidad de su madre para adivinar el carácter de las personas.

—Mucho —contestó ella de inmediato—. Y creo que a ti, a Royce e incluso a Cameron también os va a gustar.

—Oye, ¿estás hablando del mismo Cameron misógino que yo conozco y soporto?

—¡Oh, Eric! —exclamó Maddy—. ¿Por qué tienes que ser tan cínico? Cameron no odia a las mujeres, y tú lo sabes.

—¿No? Entonces tal vez esté equivocado —replicó Eric—. Y si soy cínico… bueno, me he ganado ese derecho.

—Quizá sea hora de que cambies de departamento en la policía.

—Todavía no, mamá —contestó él pensando en el camión que había visitado a sus vecinos la noche del domingo—. Pero quizá sí lo haga en un futuro no muy lejano —prosiguió pensando en su vecina.

—Eso espero, hijo —el suspiro de Maddy fue leve, pero Eric alcanzó a oírlo—. Ya sé que en general el trabajo de policía es peligroso, pero ser agente secreto en el departamento de narcóticos es especialmente…

—Tengo que irme, mamá —Eric la interrumpió amable pero firmemente.

—Lo siento —murmuró Maddy—. A mí también me disgustan las mujeres que echan sermones. Pero sigo siendo una madre.

—Y la mejor. Pero ahora de verdad que tengo que irme, madre. Pronto iré a verte.

—Está bien. Avísame antes, para que haga una tarta de limón con merengue.

—Trato hecho —pensó que, si no tenía cuidado, pronto le saldría tarta de limón hasta por los oídos—. Cuídate, mamá. Te quiero.

«Te quiero». La frase persiguió a Eric durante toda la mañana, pero dirigida a otra persona. «Tina». El nombre apareció susurrado en su mente.

Tina, la del cabello rubio de color miel, tiernos ojos castaños, y dulces labios provocativos. Tina, la del cuerpo cálido y besos candentes.

«Maldición», pensó Eric. El solo hecho de pensar en ella lo hacía sentirse excitado e inquieto, débil y fuerte, posesivo y protector, tierno y fiero.

«¿Será eso amor?», se preguntó. Sinceramente, no lo sabía, porque nunca había estado enamorado. Había estado a punto, pero nunca

antes había creído estarlo de verdad.

Entonces, pensaba Eric en el ascensor cuando bajó a recoger su correspondencia, ¿los sentimientos cálidos y maravillosos que experimentaba al pensar en Tina denotaban la presencia de esa especial e indefinible emoción llamada amor?

Eric reflexionó sobre esa pregunta al subir de nuevo a su apartamento, y llegó a la conclusión de que, sinceramente no sabía la respuesta.

Hizo a un lado esas especulaciones y empezó a revisar las cartas; la mayoría eran facturas y propaganda. Y siguió posponiendo la respuesta a su pregunta mientras firmaba los cheques para cubrir las cuentas.

Pero cuando cerró el último sobre, la pregunta volvió a perseguirlo.

¿Realmente era posible que estuviera enamorado de Tina?

Eric no tenía por costumbre meditar sobre sus propios sentimientos. Pero si no examinaba la evidencia, como lo hacía en su trabajo como policía, ¿de qué otra manera se iba a formar una opinión inteligente?

Eric miró su reloj; eran las diez y media. Está bien, pensó, se daría una hora para la contemplación, pero después tendría que darse prisa. Como Tina no trabajaba ese día, se había prometido a sí mismo tratar de comer con ella.

Diablos, si era sincero consigo mismo, más bien se había prometido a sí mismo tratar de tenerla a ella para la comida.

«Allí hay una clave», pensó. Una pequeña evidencia para que la examinara. A pesar de lo ocurrido el día anterior, la pasión que los dos compartían seguía ardiente y desatada, y el deseo que sentía por ella era muy grande.

Frunciendo el ceño, Eric se puso de pie y fue hacia el dormitorio para sacar el traje, la camisa, la corbata y los zapatos que quería ponerse para la cena. Mientras metía la ropa en una bolsa, otra clave salió a la superficie de su conciencia.

Además de la intensa reacción física, Eric tenía que admitir que realmente le gustaba Tina como persona, a pesar del hecho de que aún no tenía la prueba definitiva de que no estuviera relacionada con el negocio de la droga.

¿Y todo eso dónde lo dejaba a él?

Se colgó la bolsa al hombro y salió del apartamento. Cuando cruzó el pasillo hacia el ascensor, llegó a la conclusión de que, si sus sentimientos eran un verdadero reflejo de su estado emocional, entonces podría estar metido en serios problemas.

Después de todos esos años de paz y tranquilidad, ¿por qué tenía que enamorarse precisamente de una sospechosa?

La misma pregunta apareció en la mente de Tina más tarde esa misma mañana. Estaba quitando las sábanas de la cama, recordando con ensoñación la deliciosa lección de amor que había recibido allí, cuando la idea la asaltó: «¿Estoy enamorada?»

Sacudió la cabeza para desechar ese pensamiento y recogió toda la ropa de cama para llevarla a la lavadora.

Pero no era tan fácil borrar esa pregunta tan simple. Durante todo el día aparecía en los momentos menos esperados, insistiendo en recordarle su presencia.

«¿Cómo puedo estar enamorada?», se preguntó Tina dejándose caer en una silla. Apenas conocía a Eric.

Se movió incómoda en la silla al pensar que había hecho el amor con un hombre del que no sabía casi nada.

Ni siquiera sabía qué hacia Eric para ganarse la vida. Todo lo que le había dicho era que estaba de vacaciones. Por todo lo que sabía ella, podía ser desde un magnate hasta un ladrón. Tina frunció el ceño y se sintió más incómoda al sopesar esa última posibilidad. Se preguntó si los ladrones se tomarían vacaciones.

Tina decidió que, a la primera oportunidad, le preguntaría a Eric a qué se dedicaba. Luego se dijo a sí misma con severidad que dejara de pensar en tonterías y fuera el grano.

El grano era, por supuesto, si estaba o no realmente enamorada.

Tina suspiró, pero siguió adelante con su examen de conciencia. Una vez estuvo enamorada, y lo que ahora sentía no se parecía en nada a los sentimientos que había tenido hacia Glen Reber… al menos no a los sentimientos que experimentó después de las intimidades de su noche de bodas.

Tina se estremeció al recordar.

Aunque era verdad que había semejanzas entre los dos únicos hombres con los que había tenido intimidad sexual, se dijo que esas semejanzas eran escasas y superficiales. Los dos eran físicamente atractivos, aunque, a juicio de ella, Eric era definitivamente el más guapo. Y los dos poseían cierto encanto y estilo.

Pero allí terminaban las semejanzas. Por experiencia Tina sabía que Glen era banal, infiel y, con frecuencia, deliberadamente cruel. Su intuición le decía que Eric poseía las cualidades opuestas; que él era profundo, fiel y bueno.

Y también un amante magnífico, le susurró una voz interior.

Aunque, según volvió a reconocer Tina, sólo podía compararlo con su ex—marido. Sin embargo, seguramente no era necesaria la mente

de un científico para formarse un juicio sobre las diferencias entre aquellos dos hombres.

En los momentos íntimos del acto del amor, Glen Reber había demostrado ser orgulloso, exigente y egoísta. Cuando se trataba de satisfacer alguno de sus deseos, incluso había revelado inclinaciones sádicas.

En contraste, cuando hicieron el amor, Eric había demostrado una pasión fiera, mientras que al mismo tiempo prodigaba una sincera y tierna preocupación y un deseo genuino de dar placer, así como de recibirlo.

Pensándolo bien, Tina se arrepintió de su juicio inicial; en realidad no había comparación posible entre los dos hombres. Ella sabía bien que el encanto de Glen era una farsa, una máscara que se ponía y quitaba a su gusto, para conseguir sus propósitos.

Por otro lado, en el fondo de su alma Tina sabía que el encanto de Eric, su humor y sus maneras atentas no eran ningún engaño, sino aspectos de su verdadera personalidad.

Y ella confiaba en él.

La repentina revolución de lo mucho que confiaba en Eric le dio a Tina la respuesta a su pregunta. Estaba enamorada de él.

Pero el hecho de saber la respuesta no aliviaba de manera automática el peso que sentía en el corazón. No quería enamorarse de Eric ni de ningún otro hombre. Ya una vez había permitido que la destrozaran por albergar ese sentimiento. Los efectos de su dolor y de su desilusión fueron devastadores.

Se preguntó entonces qué debía hacer.

«¿Qué debo hacer»?». Esta nueva pregunta reemplazó a la otra en su mente, y contempló las opciones disponibles.

Podría dejar de ver a Eric, cortar la incipiente relación antes de que se convirtiera en algo infinitamente más serio; así evitaría la posibilidad de que volvieran a herirla, y más profundamente que la vez anterior.

Tina lo pensó durante un momento y después negó con la cabeza. ¿Qué ganaría con alejarse de Eric? De todos modos iba a seguir amándolo, y la separación sería tan dolorosa como si, con el tiempo, Eric resultara ser tan falso y mentiroso como Glen.

Tina se puso de pie y dio una vuelta alrededor de la mesa de la sala. Otra opción, menos difícil, sería seguir viendo a Eric, pero bajo la advertencia de que su relación volvería a convertirse en simple relación de amistad.

«¡Como si eso fuera posible!», pensó. Tenía que reconocer que Eric sólo tenía que mirarla para que ella se inflamara. Todo lo que él tenía

que hacer era sonreír para que su resistencia se disolviera.

«Bueno, basta de opciones», se dijo Tina dejando caer las manos en un gesto de rendición. Además no quería dejar de verlo, de estar con él, de dormir con él.

Cuando se sintió exhausta por la introspección, decidió que no le sentaría mal una dosis de cafeína. Estaba preparando una cafetera, cuando sonó el timbre de la puerta.

Tina pensó que podría ser el cartero. Dejó a un lado la cafetera y se dirigió a abrir.

Pero no era el cartero.

—¿Tienes hambre? —en el momento de hacer la pregunta, Eric le enseñó las dos bolsas con compras que llevaba en las manos.

—Sí —contestó Tina. Alzó las cejas cuando se hizo a un lado para dejarlo pasar—. ¿Qué has traído?

—Alas de pollo, calientes y condimentadas —respondió Eric dirigiéndole una sonrisa y le dio el recipiente—. Y puré de patata, salsa y panecillos —le entregó la bolsa.

A Tina se le hizo la boca agua.

—Todo bajo en calorías y grasa —observó irónica.

—Oh, vamos, olvídate de eso —dijo Eric quitándose la chaqueta.

—Para ti es fácil de decir —murmuró Tina—. Tú no tienes que preocuparte por cada bocado que te llevas a la boca.

—Quizá no, pero tengo la solución a tu problema —volvió a sonreír, de una manera más sugestiva que antes—. Podemos trabajar en eso haciendo mucho ejercicio esta tarde —su expresión no dejaba duda acerca del tipo de ejercicio en el que estaba pensando—. Y si eso no te quita tus preocupaciones sobre las calorías y las grasas, puedes elegir para la cena pescado y ensalada.

—De todos modos ya lo había planeado —repuso Tina, precediéndolo de camino a la cocina—. Y esto está muy bueno también —levantó la tapa del recipiente y aspiró el aroma de las alas de pollo.

La comida resultó muy buena y el ejercicio de la tarde fue delicioso.

Tina se dijo que aunque todavía ignoraba qué hacía Eric para ganarse la vida, sí sabía que era muy diestro en el arte de amar.

Acalló a su conciencia y se excusó diciéndose que todavía no se había presentado la oportunidad apropiada; Eric la había mantenido muy ocupada.

Capítulo 9

La oportunidad estaba a la mano.

Eric estaba satisfecho de la actitud de la tarde y de la enorme cena de marisco que había consumido en el restaurante. Relajado, se reclinó en el respaldo de su silla y sonrió a Tina mientras saboreaba una taza de café.

—¿Cuanto tiempo más vas a estar de vacaciones? —le preguntó ella.

—Esta semana… oficialmente —respondió Eric de inmediato—. Pero podría prolongarlas otras dos semanas… —sonrió con sensualidad—… si quisiera.

—¡Tiene más de un mes de vacaciones al año! —exclamó Tina, agradecida por la oportunidad que él acababa de darle—. ¿Qué eres? ¿el presidente de un banco o algo así?

—Nada de eso —rió Eric—. Trabajo para el ayuntamiento.

—¿Filadelfia?

—Aja —Eric movió afirmativamente la cabeza.

—Debes de tener un buen puesto —Tina no podía imaginárselo de empleado, manejando papeles detrás de una ventanilla—. ¿No?

—Nada de eso. Sólo soy un empleado del ayuntamiento, con la posibilidad de aprovechar el tiempo que me corresponde por mis vacaciones de una sola vez.

Por su físico delgado y musculoso, Tina pensó de inmediato en el departamento de recolección de basura; ese trabajo requería unas saludables condiciones físicas.

Tina pensó que no era de extrañar que pudiera comer como un caballo de carreras sin tener un solo gramo de grasa, si realmente trabajaba en el departamento de recolección de basura.

Abrió la boca para preguntándoselo directamente, pero Eric la interrumpió.

—¿Más café?

—Eh… no gracias. Ya he comido bastante.

Cuando Eric empezó a bromear sobre la cena, Tina no pudo contener las carcajadas y el asunto del trabajo de Eric desapareció de su mente. Y no lo advirtió porque estaba demasiado extasiado por el placer que sentía al estar con él.

Cuando Eric esbozó una sonrisa maliciosa, Tina volvió a verla. Los dos salieron del restaurante riendo juntos y la joven se olvidó de sus preocupaciones, al menos por esa noche.

Esa semana pasó alternativamente para Tina con una lentitud desesperante o con gran rapidez. Cuando estaba con Eric por las

noches, las horas pasaban volando como si fueran simples momentos. Pero cuando estaba lejos de él los minutos parecían convertirse en largas horas.

Tina y Eric atesoraban sus momentos preciosos; su escondite favorito era la cama. Y allí, con toda la vitalidad y el entusiasmo de los intrépidos aventureros, exploraban ansiosos el excitante territorio de sus cuerpos.

Tina nunca antes había conocido una felicidad así; nunca antes había disfrutado del puro gozo de estar viva.

Las dudas no volvieron a su mente. Tina reconocía para sí misma que amaba a Eric con todas sus fuerzas.

Pero nunca le había dicho ninguna palabra de amor. Y no era porque tuviera miedo de abordar el tema; no. Tina creía firmemente que él estaba tan enamorado de ella como ella de él. Sus acciones, su actitud, el brillo de sus ojos cuando la miraba, todo eso hablaba con silenciosa elocuencia de su amor por ella. No, no tenía el más mínimo temor de pronunciar esas palabras.

Simplemente estaba esperando a que Eric las pronunciara primero.

El jurado ya no estaba recurrido; el veredicto estaba dado y grabado en la mente de Eric con letras de fuego: «Eric Wolfe ama a Christina Kranas».

Mientras permanecía sentado en la silla junto a la ventana, vigilando la casa de enfrente, Eric llegó a aceptar el amor que sentía por Tina. Era viernes por la tarde, una semana después de su primer encuentro con ella.

¿En realidad era posible enamorarse en una semana?, se preguntó Eric bostezando de aburrimiento. Así debía de ser, razonó, y luego se estiró para desentumecer los músculos. Él mismo era una prueba viviente de esa posibilidad.

«No estás bien», Wolfe, se dijo Eric estirando las piernas. «Sólo un policía estúpido se enamoraría de una sospechosa».

¿Pero Tina seguía siendo una sospechosa? ¿Creía él…?

«No.». La negación apareció en su mente antes de que se formara por completo la pregunta sobre la resolución de Tina con los narcotraficantes. Eric no estaba seguro del momento en que llegó a la conclusión de que Tina era inocente, pero no le importaba ni la hora ni la fecha precisas.

Había tenido un presentimiento sobre la veracidad de lo que le había dicho su confidente, y ahora tenía el mismo presentimiento sobre la inocencia de Tina.

Lo importante era que Eric confiaba en Tina, y también la amaba. Sabía, inequívocamente, que en caso necesario podría confiarle su

vida.

Pero Eric no esperaba que se diera esa necesidad. Él era capaz de cuidar de sí mismo. Su firme creencia en que Tina estaría allí si él la necesitaba, a pesar del peligro, resultaba reconfortante y excitante por una razón: ella lo amaba.

Aunque ella nunca le había mencionado la palabra «amor», Eric estaba tan seguro de que Tina lo amaba como de que el sol seguiría saliendo por el este.

Lo sabía. «¿Y cómo había de saberlo?», pensó Eric, formándose la imagen de Tina en la mente, mientras seguía vigilando con atención la calle.

Tina se había traicionado a sí misma, le había revelado su amor de cien maneras diferentes, algunas apenas perceptibles, otras tan obvias que conmovían el alma… conmovían su alma.

Tina le había dado el regalo de sí misma, de toda ella, en una rendición dulce y ardorosa. Eric apreciaba el regalo, y a ella, y a cambio le había ofrecido el regalo de sí mismo.

Tina era suya; él era de ella. Su ternura y suavidad amortiguaba su dureza. Su delicadeza atemperaba su cinismo. Su luminosidad iluminaba su oscuridad.

Y la dureza, el cinismo y la oscuridad habían estado allí, formando parte de Eric, desde hacía mucho tiempo.

Se estremeció al recordar el odio amargo que le había corroído la mente, el día que el sacerdote ofició el servicio fúnebre sobre el féretro de su padre.

Durante años había estado conviviendo con el odio y la amargura. La ternura de Tina, su amor y su risa eran el antídoto para Eric, el remedio que lo hacía sentirse completo otra vez. Y, desde su nueva perspectiva, se veía a sí mismo como su protector, como la fuerza sólida que esperaba a Tina del lado peligroso y desagradable del mundo.

Estaban hechos el uno para el otro.

Tal vez pronto, ojalá muy pronto, Eric se sentiría libre para decir las tres palabras que no podía permitirse pronunciar hasta que terminara su misión, y hasta que le revelara exactamente quién era él, lo que era. Hasta entonces las mantendría guardadas, en su mente, en su corazón, manteniéndolas puras, para ella sola: «Te quiero, Tina».

«Vaya un policía que eres». Ese pensamiento le hizo sonreír. Había pasado más tiempo esa semana amando a Tina que vigilando a los vecinos.

Pero no lo consideraba como tiempo desperdiciado. Lo consideraba tiempo bien empleado en cada esperanza y sueño que alguna vez

había tenido para el futuro.

Seguramente le encargarían muchas misiones secretas en el futuro, Eric estaba seguro de ello. Pero sólo había una Tina.

Ella estaba primero. Como Maddy lo había sido siempre para su padre, Tina era la prioridad principal para él.

Pensó que el amor hacía cosas extrañas con los individuos. Al reflexionar sobre ella sonrió divertido, y todavía seguía sonriendo cuando sonó el teléfono.

Como Eric sólo le había dado el número de teléfono del apartamento a dos personas más además de Cameron, el que llamaba tenía que ser su jefe o Tina. La excitación hizo que le temblara la mano cuando descolgó el auricular.

—¿Eric?

El sonido de la voz de Tina le alteró el sistema nervioso.

—¿Esperabas que contestara Kevin Costner?

—¿Qué podría desear de él cuando puedo tenerte a ti? —preguntó Tina con un tono solemne y serio que le quitó el aliento a Eric, le derritió las entrañas y le nubló el cerebro.

—¿Eric? —preguntó cuando él no contestó—. ¿He dicho algo malo?

—No, cariño —repuso Eric—. Has dicho precisamente lo correcto.

—Lo decía en serio.

—Ya lo sé —Eric aspiró profundamente para controlarse—. Y el saberlo me está volviendo loco.

—¿Qué quieres decir? —Tina parecía confundida y un poco preocupada—. ¿Por qué te está volviendo loco?

—Porque estás allí, y yo estoy aquí. Y te estoy echando de menos como un condenado.

—Yo también te echo de menos —repuso Tina con voz ronca.

Eric se dijo que debía controlarse antes de que empezara a balbucir sus sentimientos como un adolescente enamorado. Se aclaró la garganta y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Quieres hacer sexo por teléfono?

La risa de Tina resonó en su cabeza y dio alas a su imaginación.

—¡Cielos, no! Tal vez sea anticuada, pero prefiero hacerlo en vivo.

—Sí, yo también —replicó Eric—. ¿Cuándo?

—Eres insaciable —lo acusó Tina, todavía riendo.

—Sí. ¿Cuándo?

—Más tarde, esta noche —repuso ella con un susurro prometedor —. Pero primero… —Tina vaciló.

—¿Primero?

—Me preguntaba si estabas de humor para salir un rato esta noche.

Eric se dijo que era viernes, la noche en que Tina solía salir con sus amigos.

—¿El pub?

—Sí —contestó Tina—. Ted me ha llamado hace un rato para preguntarme si necesitaba que me llevara —rió un poco—. A decir verdad, hasta que él llamó, se me había olvidado por completo que tenía que salir con los chicos esta noche.

Aquello complació mucho a Eric.

—Está bien. ¿A qué hora?

Siguió un silencio breve pero elocuente. Eric sonrió con tierno entendimiento. Tina había esperado que él rechazara su propuesta de salir esa noche.

—¿De verdad quieres ir? —la voz de Tina denotaba sorpresa.

—Claro. ¿Por qué no? —preguntó sonriendo.

—Bueno, yo pensé que… —Tina hizo una pausa—… yo pensé que preferirías quedarte en casa.

—Un cambio de escenario no me vendría mal —repuso Eric—. No hemos salido juntos de casa desde la noche del lunes —rió—. Demonios, casi no hemos salido del dormitorio desde entonces.

—Yo no estaba aburriéndome —la voz de Tina era tan baja que Eric apenas pudo escucharla, pero el mensaje le llegó fuerte y claro—. ¿Tú sí?

—Eso tú lo sabes muy bien —la voz de Eric también era muy baja, aterciopelada y llena de intimidad—. Me ha encantado cada minuto. ¿Y a ti?

—Sí —Tina susurró—. Es por eso por lo que pensé…

—Pensaste bien. Pero también debemos comer, para conservar nuestras fuerzas —hizo una pausa esperando su reacción. Como no hubo ninguna, continuó—: Estaba pensando en que iríamos a cenar al pub.

—Así es.

—Está bien, entonces iremos —dijo él—. De todos modos ya sabes que podemos volver temprano.

—Sí, ya lo sé —su tono hizo que la imaginación de Eric se incendiara—. ¿Que te parece si paso a recogerte después del trabajo? Digamos que a las seis y media.

—O yo podría llevarme la moto y encontramos allí —sugirió Eric.

—Pero entonces no podríamos volver a casa juntos —replicó ella con un ronroneo que excitó sus sentidos.

—Es verdad. Te esperaré:

Aceptar la propuesta de Tina fue la cosa más fácil para Eric. Y pasar el resto de la tarde fue la cosa más difícil. Absolutamente nada

sucedió dentro o cerca de la casa de enfrente. Pero eso ya no le preocupaba demasiado.

Eric tenía el fuerte presentimiento de que nada iba a suceder… no antes del fin de semana. El instinto, o la intuición, o lo que fuera, lo había convencido de que, lo que fuera a pasar allí, pasaría los domingos.

Pero aún así, Eric siguió vigilando, aburrido pero diligente, hasta que llegó la hora de arreglarse para ver a Tina.

Y la noche resultó ser muy agradable para Eric. Desarmado, por así decirlo, por la información que le había dado su hermano sobre los miembros del grupo, Eric se sentía más relajado en su compañía, menos restringido para unirse a la sana diversión.

Y se divirtió, más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Se rió de las bromas, hasta de las más tontas, e incluso se sintió en libertad de ofrecer unas cuantas muestras de su propio ingenio.

Pero aunque estuvo relajado y divertido, Eric se dedicó a examinar las razones por las que había bajado la guardia. La primera y la más importante, claro, era el hecho de que, según el informe de Cameron, todos los miembros del grupo estaban limpios en el sentido legal de la palabra.

La segunda razón era la confirmación de su intuición inicial acerca de que los miembros del grupo eran gente normal y realmente agradable.

La tercera razón, y la más importante para Eric, era el reflejo del carácter de Tina en su misma relación con ellos. Un reflejo de carácter que coincidía con sus propias conclusiones.

De ahí que la noche fuera un éxito doble. Eric se divirtió, y Tina estaba feliz. Él estaba contento de compartir su felicidad. Tina se lo demostró de las maneras más excitantes… una vez que regresaron a casa, y al dormitorio.

El domingo por la mañana empezó a nevar. Para el mediodía la nieve cubría los jardines, los arbustos y los árboles, y se derretía en las aceras.

—¿No es bonito? —dijo Tina con deleite—. Siempre me ha encantado la primera nevada del invierno.

—No va a durar —Eric suavizó su observación con una sonrisa—. Es demasiado pronto.

—Eso supongo —murmuró Tina—. Todavía falta como semana y media para el día de Acción de Gracias.

—Sí —Eric volvió su atención de la ventana al periódico que tenía en la mano—. Y también vendrá el tiempo más difícil para conducir.

—Eso es lo malo de la nieve —Tina se encogió de hombros—,

conducir sobre ella. Me pongo nerviosa con sólo… ¡Demonios!

Eric levantó la vista de la sección deportiva y la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Mi ex—marido —Tina hizo una mueca e indicó la calle con un movimiento de cabeza—. Espero que no se le ocurra venir aquí… —se interrumpió con un gemido y luego prosiguió disgustada—: Diablos, ahí viene.

—Ya lo veo —Eric ya estaba de pie, con el periódico todavía en la mano. Su cerebro empezó a trabajar a toda prisa mientras observaba al hombre de apariencia confiada que se dirigía hacia la casa.

«Vaya sorpresa», pensó Eric. Era domingo… el día de la entrega.

El timbre de la puerta sonó, y Tina volvió a gemir, preocupada.

—¿Le tienes miedo? —le preguntó Eric con expresión dura—. Porque si es así no hay razón para ello, no mientras esté yo aquí.

—No le tengo miedo —repuso Tina y se levantó cuando volvió a sonar el timbre—. Estoy cansada de decirle que no me interesa… no me interesa ni él ni sus amigos —movió la cabeza señalando la casa que estaba al otro lado de la calle—. Quiero que me deje en paz.

—¿Quieres que yo le dé ese mensaje? —preguntó Eric con una voz suave y peligrosa.

Tina pareció sorprendida por un instante. Luego rió, nerviosa.

—Dios santo, Eric, cálmate. Tienes una expresión muy agresiva —se dirigió hacia la puerta—. No querrás que te tenga miedo, ¿verdad?

«Un buen consejo, así que cálmate, Wolfe», se dijo Eric. Ya iba a resultarle bastante difícil contarle a Tina la verdad cuando llegara el momento. Por supuesto que no quería que ella le tuviera miedo, ni ahora ni nunca.

Alerta pero tranquilo, Eric escuchó lo que hablaban Tina y Glen Reber en la entrada.

—No, Glen —le decía ella con firmeza—. No voy a invitarte a pasar.

—¿Pero por qué no? —insistió Glen, disgustado—. Está nevando y hace mucho frío aquí afuera.

—Ve a visitar a tus amigos de enfrente —replicó ella con obvia impaciencia—. Su casa es tan caliente como la mía.

—Esta también era mi casa.

—Ese tiempo está tan muerto como la relación que alguna vez tuvimos —replicó ella—. Te dije antes que no quería volver a verte, Glen. Lo dije en serio. Si vuelves a hacerlo no te abro la puerta.

—Siempre fuiste una zorra frígida.

La furia puso a Eric en movimiento. Estaba a medio camino de la

puerta cuando Tina le cerró la puerta a Glen en las narices. Por fortuna para Eric, ella se quedó mirando la puerta por unos segundos, el tiempo suficiente para que él volviera a su posición junto a la ventana, y disimulara sus peligrosas intenciones detrás de una fría expresión de calma.

«Ya te daré tu merecido, insecto. Algún día. Pronto. Y será todo un placer para mí», se dijo.

Con los ojos brillando con la promesa de una venganza, Eric vio cómo Glen se alejaba furioso de la puerta y cruzaba la calle hacia la casa de enfrente.

—Se ha ido.

—Ya lo sé —relajando los músculos tensos, Eric se apartó de la ventana y sonrió a Tina—. Si vuelve a molestarse, dímelo —trató de mantener la voz fría y tranquila.

—No creo que lo haga —Tina suspiró cansada—. Al menos espero que esta vez se lo haya hecho entender.

—Y si tú no lo has hecho, yo lo haré —repuso él.

—¡No! —exclamó Tina de inmediato, pálida—. Yo no quiero que tú te mezcles con él.

Eric frunció el ceño dudando por un instante de la propia relación que ella mantenía con Reber. Pero de inmediato hizo a un lado ese pensamiento. El no estaba equivocado, pero algo andaba mal.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que resultes herido! —exclamó Tina.

Eric sonrió.

—¡Oh, los hombres y su maldita vanidad! —Tina lo miró furiosa—. Eric, tú no entiendes.

—Entonces explícate.

—Glen es peligroso —su ojos perdieron su brillo y se volvieron oscuros y vacíos—. Yo… después del divorcio me enteré de que Glen estuvo arrestado, varias veces. Una vez por casi matar a un hombre con un cuchillo —empezando a temblar, Tina se dejó caer en el sofá —. No podría soportarlo si tú… —la voz se le quebró y lo miró desesperada.

Eric se acercó a ella con rapidez. Tomándola por los hombros, la levantó y la abrazó.

—Tina, no te pongas así —le acarició la espalda—. Cariño… cariño, nada me va a suceder —sonrió—. Soy muy fuerte.

—Pero, Glen es… —una vez más Tina se interrumpió, temblando.

—Un desgraciado —dijo Eric con despreocupación. Luego frunció el ceño—. Y no puedo imaginarme cómo una mujer como tú pudo haber estado unida con un mamarracho como ése.

—Era una tonta —las mejillas pálidas de Tina empezaron a colorearse—. Una tonta joven e ingenua —bajó la mirada, avergonzada—. Y Glen es un buen actor. Puede emanar encanto hasta por los poros. Me pintó una escena romántica, y él se comportó como un príncipe encantador. Hizo que dejara de pisar tierra firme y me elevó directamente al altar —rió con amargura—. Aprendí lo que quería decir la palabra «hipocresía» en mi noche de bodas.

—¿Puedo preguntar cómo?

—No —Tina movió negativamente la cabeza—. No quiero pensar en eso y, mucho menos hablar de ello. Ya se terminó. Y ya no soy una joven tonta e ingenua.

—No, no lo eres —murmuró Eric y bajó lentamente la cabeza—. Eres una hermosa y excitante tentación.

Tina empezó a reír por la descripción que él había hecho de ella, pero su risa fue acallada por los labios de Eric.

Sosteniéndola como si fuera de la porcelana más fina, Eric la recostó con delicadeza sobre la alfombra; era un buen sustituto de la cama.

Siguiendo el impulso de una necesidad que nunca antes había sentido, Eric no le hizo precisamente el amor a Tina, sino que le dio una demostración física de lo mucho que la adoraba. Aunque los resultados fueron los mismos.

Acariciándola, con infinita ternura y pasión, Eric encendió una chispa en el interior de Tina que pronto se convirtió en un fuego incontrolable.

—Eric.

Su nombre pronunciado por sus labios, con una ternura suplicante, excitante, le aceleró el pulso a Eric. Las yemas de los dedos de Tina sobre su espalda arrancaron un suspiro tembloroso de su pecho.

Eric luchó contra la marea de deseo que amenazaba con arrastrarlos a los dos. Era una batalla perdida.

La pasión subió. Las manos se desbocaron. Las bocas se fundieron. Las lenguas se entrelazaron. Los cuerpos se unieron.

«Espera. Espera». Eric se repetía una y otra vez esas palabras, tratando desesperadamente de recoger toda la dulzura del momento. Amando a Tina, dándose a sí mismo como nunca antes se había entregado a ninguna otra mujer, prolongó el momento hasta los límites de lo soportable.

Entonces el momento explotó. Eric cayó destrozado. Deshecho. Maravillado.

El descenso de las alturas fue lento. Cuando la respiración de Eric se normalizó, en vez de apartarse se tendió en el suelo junto a Tina, la

atrajo hacia su cuerpo tembloroso y se quedó dormido en cuestión de segundos.

El frío despertó a Eric. Se sentía rígido y entumecido, pero principalmente tenía frío. La habitación estaba a oscuras excepto por la luz pálida de la ventana. Por la ventana, podía ver grandes copos de nieve arrastrados por el viento.

Temblando, Eric buscó a tientas su camisa; luego se sentó y cubrió a Tina con ella. Entonces, quejándose por el entumecimiento de sus músculos, se puso de pie.

Medio desnudo en medio de la habitación, Eric empezó a estirarse mientras miraba por la ventana. Estaba a punto de apartarse, para levantar en brazos a Tina y llevarla a la ducha, cuando descubrió la luz de los faros de un vehículo que iluminaba la nieve, y que llamaron poderosamente su atención. Detrás del destello de luz había una camioneta grande.

De pronto Eric se puso alerta; vio que el camión se detenía, para luego dar la vuelta en el camino de entrada de la casa del otro lado de la calle.

—Maldito estúpido.

Eric se maldijo por haberse rendido al clamor de sus sentidos justo aquella noche. Se apartó de la ventana y empezó a buscar en la oscuridad sus pantalones.

—Eric, ¿qué pasa? —preguntó soñolienta y a la vez confundida.

—Tengo que darme prisa —se abrochó los pantalones mientras se calzaba un zapato.

—Pero… ¿por qué?

—Porque quiero acercarme para ver —respondió con expresión distraída, al tiempo que buscaba el otro zapato.

—¿Acercarte? —Tina se envolvió en la camisa y se puso de pie—. ¿Para ver qué?

—El entrego de la droga —contestó Eric sin pensar—. En la casa de los amigos de tu ex, al otro lado de la calle.

—¿El entrego de la droga? —gritó Tina—. ¡No puedes estar hablando en serio!

—Hablo muy en serio —casi gritó Eric, furioso consigo mismo por no poder encontrar el otro zapato. Y no pensó en refrenar su lengua—. La semana pasada fui testigo de una entrega allí mismo.

—No puedo creerlo —repuso estremecida.

—Ah… —Eric encontró por fin el zapato. Se lo calzó y de inmediato se dirigió al armario del comedor, donde Tina había colgado su chaqueta.

—¿A dónde vas?

Eric no se sorprendió por la repentina aparición de Tina a su lado; había escuchado cada uno de sus movimientos. Se encogió de hombros cuando se volvió para mirarla.

—Ya te lo he dicho. Quiero verlo más de cerca —pasó junto a ella y se dirigió a la cocina—. Saldré por atrás.

—¡Eric! —Tina corrió detrás de él y lo agarró por el brazo—. Si hay alguna operación de narcotráfico allí afuera, podrías correr un grave peligro.

—Tengo que ir, Tina —dijo Eric con impaciencia, liberando su brazo, pero ella volvió a agarrarlo con más fuerza.

—¿Por qué? —gritó Tina tirando de su brazo con la fuerza suficiente para hacer que se volviera un poco—. ¿Por qué tú?

—¿Quién si no? —preguntó Eric, impaciente.

—¡La policía! —gritó Tina y se apartó cuando él tiró de su brazo con fuerza para liberarse.

—Yo soy la policía.

Capítulo 10

«Yo soy la policía». Las palabras de Eric resonaban en la mente de Tina, que estaba quieta como un poste, mirando la puerta con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Un policía —murmuró—. Eric es un policía.

Miles de preguntas acudieron a su mente.

¿Cómo supo Eric que iba a producirse una entrega de droga esa noche en la casa de enfrente? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Se había mudado al vecindario para vigilar aquella casa? ¿Por qué no se lo dijo? ¿La estaba vigilando a ella también? ¿Era posible que Eric hubiera creído que ella estaba relacionada con lo que fuera que estaba pasando allí enfrente?

Tina podía hacerse muchas preguntas; lo que no podía soportar eran las respuestas obvias.

Se sintió enferma. Un estremecimiento recorrió su figura pequeña, un estremecimiento que no tenía nada que ver con la poca ropa que llevaba puesta. La camisa de Eric. Y Eric era un policía.

¿Y eso cómo la dejaba a ella? Como una estúpida… otra vez.

—Oh, Dios —a Tina se le revolvió el estómago y, llevándose una mano a la boca, corrió hacia el baño.

Eric vio que en el camión se encendían las luces de frenado, y después daba la vuelta a la derecha, al final de la calle. Se subió el cuello de la chaqueta y miró su reloj. Eran las ocho y cuarto. Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

Más tarde que la semana pasada… pero en el mismo lugar, pensó él, recordando la entrega del domingo pasado. Pero entonces habían sido muebles. Esta noche eran pequeñas cajas de cartón con grandes letras negras que decían Cristal cortado.

«Cristal. Bien», se dijo Eric echándose a reír. Luego estornudó.

Se estaba congelando. Y no era de extrañar, pensó mientras se metía las manos en los bolsillos laterales de la chaqueta. Se había apartado de Tina a medio vestir.

«¡Tina!», pensó entonces.

—Oh, dem… —el viento se llevó la voz de Eric cuando dejó su puesto en la esquina de la casa de Tina.

Entró en la casa por la puerta trasera con un creciente sentimiento de aprensión. Su incomodidad se debía a que recordaba que no sólo había revelado sus sospechas sobre la entrega de drogas, sino que también había descubierto su verdadera ocupación.

—Maldición —Eric agarró el picaporte. Tendría mucho que explicar. Sólo esperaba que Tina quisiera escucharlo.

Sigilosamente Eric entró en la cocina y cerró la puerta con cuidado. Vio a Tina antes de llegar a la entrada del comedor. Parecía que se había dado un baño. Llevaba puestos unos viejos vaqueros y una sudadera verde. Se quedó mirándola con ansiedad por un momento, para luego atravesar el comedor.

—Tina.

Ella se sobresaltó al oír su voz, pero contuvo el grito que le subió a la garganta.

—¡Eric!

A propósito se había acurrucado en la silla junto a la ventana para que pudiera verlo llegar a la puerta principal, si acaso tenía agallas como para volver. Y allí estaba él, de pie en el centro de su comedor.

Saltó de la silla y, con las manos en las caderas, lo miró directamente a los ojos.

—<Cómo has entrado? ¿Tienes una maldita llave maestra o algo así?

—Claro que no —Eric dio un paso hacia ella—. Se te olvidó volver a cerrar la puerta después de que salí.

—Bueno, pues ya puedes volver a salir —repuso ella con voz tensa por la emoción—. Y créeme, esta vez no se me va a olvidar cerrar la puerta.

—Tina, escucha… —empezó a decir Eric con tono suave.

—No quiero escuchar nada que tú tengas que decirme. Sólo quiero que te vayas —hizo una mueca de desdén—. Agente Wolfe.

—No te lo podía decir —Eric se pasó una mano por el pelo—. Tienes que entender…

Tina volvió a interrumpirlo.

—Ah, yo lo entiendo. Claro que lo entiendo. He estado pensando en ello mientras esperaba a que volvieras a dar la cara… si es que tenías valor suficiente.

—El valor no tiene nada que ver con esto —Eric dio un paso hacia adelante.

—¡Quédate donde estás!

Eric se detuvo… dos pasos más cerca de ella.

Era demasiado cerca para la tranquilidad mental de Tina. Quería empujarlo, arañarlo, herirlo físicamente. Quería arrancarle la piel, hacerle tanto daño como él le había hecho a ella por dentro.

—Tina, por favor —dijo él perdiendo la paciencia—. Si tan sólo me dejaras explicarte, hablarte…

—Ahora quieres hablar conmigo, darme explicaciones —repuso Tina—. Crees que soy estúpida… ¡Ja! ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Soy una estúpida!

—¡Tina!

—¡Me mentiste!

—No.

—Ah, claro —ella rió con desdén—. Sólo omitiste muy convenientemente decirme para qué departamento del ayuntamiento trabajas. Sólo Dios sabe qué más has omitido decirme. Cosas como que sospechabas que yo estaba relacionada en el tráfico de drogas… o lo que sea que esté sucediendo al otro lado de la calle… simplemente porque estuve casada con Glen.

—Pero sólo al principio —dijo él a la defensiva.

—Sólo al principio —repitió Tina sintiéndose cada vez más enferma.

—¿No podemos sentarnos y hablar? —preguntó Eric, cansado e impaciente.

—No —Tina negó con la cabeza—. No, Eric. No quiero hablar contigo. No puedo soportar la idea de hablar con un hombre que está dispuesto a llegar a cualquier cosa, incluso hacerme el amor, con tal de utilizarme.

—No es cierto —la voz de Eric era dura y fría, y aún más lo eran sus ojos.

Tina sabía que aquello tenía que terminar, que tenía que echar a Eric de su casa. Porque ella empezaba a debilitarse, empezaba a desear creerle, estaba flaqueando.

—Vete de aquí —le ordenó Tina con voz fría.

—Está bien —Eric suspiró, y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que estaba temblando—. Me voy.

—No te olvides de tu camisa —con la mano, Tina le señaló la prenda que estaba sobre un brazo del sofá.

Eric tomó la camisa y se dirigió hacia la puerta. Entonces se volvió para mirarla.

—Pero volveré, Tina, una vez que hayas podido calmarte.

—Eso nunca ocurrirá —deseaba que él se fuera de una vez, antes de que estallara en sollozos, y se traicionara—. Con dos veces que me haya sucedido, basta.

Él se quedó inmóvil, contemplándola como si quisiera grabarse cada una de sus facciones en la mente. Finalmente se volvió, abrió la puerta y salió.

Pero todavía no había escuchado el ruido del cerrojo, cuando Tina se derrumbó sobre la alfombra, sollozando.

Eric estornudó. Después tosió, y maldijo en voz alta. Había pescado un resfriado. Eso solía suceder cuando un hombre salía a la nieve a medio vestir, pensó, y volvió a estornudar.

Había nevado mucho la noche del domingo. La nieve se había endurecido y derretido después con el sol del lunes… al mismo tiempo que Eric empezaba a estornudar en serio.

El martes por la noche se sentía fatal, pero no sólo por los efectos de la enfermedad. Tina se había negado obstinadamente a hablar con él.

Eric la llamó el lunes temprano por la mañana, entre estornudos. Con un tono de voz por lo menos veinte grados más frío que la temperatura ambiente, Tina le dijo que la dejara en paz.

A la mañana siguiente Eric volvió a marcar su número otra vez, pero ella le colgó.

Pensando que tal vez Tina necesitaba más tiempo para pensarlo, Eric decidió resistir la tentación de llamarla el miércoles. En vez de eso, llamó a su jefe.

Su sexto sentido había cobrado fuerzas con una corazonada, y ambos le decían que el embarque grande probablemente se produciría el domingo. Eric pensó que ya era hora de poner al tanto a su superior acerca de la situación.

—Tenía la sospecha de que andabas detrás de algo —dijo el teniente Dan Phillips después de que Eric terminase de contarle la historia—. ¡Tú, de vacaciones! ¡Ja!

—Me ofendes —Eric sonrió y después estornudó.

—Sí, bueno, vente aquí con tu ofensa y todo —repuso Dan—. Tenemos que planear una operación.

El viernes todo ya estaba en su lugar. Eric se sentía un poco mejor, al menos por lo que se refería a su resfriado. Pero echaba terriblemente de menos a Tina.

Querer a Tina, desear estar solo con ella, lo estaba volviendo loco. Se consolaba con la promesa de poder verla cuando terminara el negocio de la drogas. La convencería de la sinceridad de su amor como fuera. Se arrodillaría ante ella, si fuera necesario. Deseaba fervientemente que no lo fuera.

Tina pasó una semana terrible.

El negocio iba bien. Estaba ganando bastante dinero. Pero no podía poner mucho entusiasmo ni en el trabajo ni en las ganancias.

Echaba tanto de menos a Eric que tenía ganas de gritar. Lo maldijo una vez más.

El viernes, a la hora de cerrar, Tina estaba exhausta. Le resultaba muy difícil comportarse como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, para evitar las especulaciones y preguntas de su asistente, y para mostrarse agradable y atenta con sus clientes.

Pretextando la vieja excusa del dolor de cabeza, Tina no se reunió

con sus amigos en el pub el viernes por la noche. Y la noche del sábado la excusa se convirtió en realidad.

Tina tomó dos aspirinas y se metió en la cama en cuanto volvió del trabajo. No durmió; lloró.

Por la mañana el dolor de cabeza y las lágrimas habían desaparecido. Tina había encontrado algo más importante con qué reemplazarlos. Era domingo. A jugar por lo que se le había escapado a Eric, él sospechaba que la entrega de drogas se realizaban los domingos.

No tenía tiempo para dolores de cabeza ni para lágrimas; estaba demasiado ocupada preocupándose por Eric.

Por la tarde Tina caminaba por la casa como una fiera enjaulada.

Eran más de las seis y media cuando vio el coche de Glen acercándose lentamente por la calle. Tina contuvo el aliento, pero luego lo dejó escapar con un suspiro de alivio cuando, en vez de ir directamente a su puerta después de aparcar el coche frente a su casa, Glen se dirigió a la casa de sus amigos.

Se alejó un poco de la ventana, pero demasiado inquieta para sentarse, esperó, observó, y se preguntó si Eric estaría también contemplando la escena.

Eran casi las nueve y media cuando Tina vio el vehículo que se acercaba por la calle. Sin detenerse a pensarlo, voló hacia el teléfono y marcó el número de Eric. En el instante en que oyó su voz, le soltó la información.

—¡Eric, hay un camión acercándose por la calle!

—Ya lo he visto —su voz era tensa y cortante—. Quédate dentro, Tina. Y es una orden oficial.

—Ten cuidado, Eric. Yo… —Tina se interrumpió; Eric ya había colgado—. Te quiero —susurró y colgó el auricular. De inmediato corrió a la ventana.

Eric estaba tenso por la acción que se avecinaba. Pero por dentro sentía un calorcillo que le envolvía el corazón.

Tina se había preocupado por él lo suficiente como para advertirle.

No era tan bueno como una declaración de amor, pero era algo.

Concentró toda su atención en el negocio que se traía entre manos, y vio con una sonrisa de satisfacción cómo Glen Reber y Bob Freeman salían de la casa y se dirigían hacia el camión. Cuando los dos hombres se acercaban al vehículo, otro hombre abrió la puerta y sacó dos maletas grandes.

Eric activó su radio.

—La compañía está aquí —dijo con voz suave—. Voy a una fiesta. ¿Queréis venir?

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia la puerta. Bajó las escaleras de tres en tres. Antes de que pudiera atravesar la corta distancia que le separaba de la acera, la calle ya estaba llena de policías, todos dirigiéndose hacia el camión y hacia los hombres que llevaban las maletas a la casa.

Cómo logró Glen Reber escurrirse a través de esa red humana, Eric jamás lo supo, pero lo hizo.

Eric ya se encontraba en la acera cuando localizó a Reber, que se dirigía hacia su coche. Empezó a correr detrás del hombre que escapaba. Cuando llegó a la zona donde debería estar su presa, se encontró con que Reber había desaparecido.

Y Eric empezó a jugar al escondite respirando con cuidado.

Pero fue él el que perdió. Su presa lo encontró primero. Eric se encontraba a cuatro casas del lugar de la acción, al otro lado de donde estaba aparcado el coche de Reber, cuando sintió el contacto inconfundible del filo de un cuchillo en el cuello, justo encima de la yugular.

—No te muevas, grandullón —le susurró Reber al oído—. Si quieres que la sangre siga corriendo por tus venas, vas a caminar despacio y con cuidado hacia el coche que está allí —confirmó la amenaza presionando más el cuchillo.

Midiendo el tiempo, observando y esperando el momento apropiado, Eric empezó a caminar despacio y con cuidado hacia el coche.

Como tenía la atención dividida entre su cautivo y el coche, a Reber no se le ocurrió mirar hacia la casa de su ex—mujer. Debió haberlo hecho. Por eso no la vio.

Pero Eric sí que la vio. Y la sangre se le congeló en las venas.

«¡Dios, Tina, detente!», gritó mentalmente Eric cuando la vio emerger de las sombras. Agarrando con las dos manos una enorme sartén de hierro y levantándola sobre su cabeza, Tina se acercó corriendo por el camino de entrada hacia ellos.

Bueno o malo, Eric se dijo que ése era el momento, y lo aprovechó. Se movió con rapidez. Ignoró la punta del cuchillo que le hirió la piel y levantó el brazo y la rodilla al tiempo que se volvió.

Tres cosas pasaron al mismo tiempo.

El dorso de su mano se estrelló en el cuello de Reber.

Le clavó la rodilla en el estómago.

Y la sartén de Tina aterrizó con estruendo en la cabeza de Glen.

Reber gimió y luego cayó al suelo como una piedra.

—¡Dios mío! —gritó Tina—. ¿Está muerto?

Eric se agachó y presionó los dedos contra la garganta de Reber.

—No —dijo al tiempo que se incorporaba—. Pero le dolerá mucho cuando vuelva en sí.

—Eric… yo… —Tina lo miró con los ojos muy abiertos—. ¡Estás sangrando!

—No es nada.

—¿Ya… ya ha terminado? —preguntó con voz temblorosa. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Apenas podía sostener la sartén.

—Ya ha terminado —Eric era consciente de la conmoción que se estaba produciendo alrededor de la casa del otro lado de la calle. Se oían numerosas voces, las luces rojas y azules de los coches patrulla que estaban bloqueando la calle giraban sin cesar. Pero él sólo veía a Tina. De repente se ruborizó, y le invadió una oleada de cólera nacida del miedo.

Abrió la boca para sermonearla, para darle su merecido por haber expuesto su vida de esa forma, por desobedecer sus órdenes de quedarse dentro de su casa.

Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, y a su mente volvió el recuerdo de los pensamientos de la semana anterior, cuando creyó que podría confiarle su propia vida a Tina si fuera necesario.

Ella se había apresurado a defenderlo.

Pero ella misma se había puesto en peligro, pensó Eric. Pudo haber resultado seriamente herida… o aún peor. De nuevo surgió el sentimiento dentro de él, y el miedo reemplazó a la cólera. Tenía que hacerla entender la magnitud del riesgo que había corrido. Sus labios volvieron a abrirse.

—Te quiero, Tina.

La joven dejó escapar un pequeño grito y lo miró estupefacta. La sartén cayó al suelo con estrépito y ella se volvió y entró corriendo en la casa.

Ya era muy tarde cuando Eric por fin pudo salir de la comisaría de policía. Un compañero lo llevó a su apartamento del centro de la ciudad.

Cuarenta minutos después, bañado, afeitado y vestido con unos pantalones de color marrón, camisa blanca y chaqueta de lana, Eric salió del aparcamiento subterráneo a bordo de su elegante coche.

Una vez que el negocio de la entrega de droga había terminado, tenía un trabajo duro que hacer: convencer a cierta rubia pequeña, hermosa y atrevida, de que los dos estaban hechos el uno para el otro. Eric rezó para que ella lo escuchara.

Tina estaba acurrucada en la silla junto a la ventana. La suya era la única casa del barrio que tenía las luces encendidas a la una de la

madrugada.

Tenía una expresión tranquila. Sus manos descansaban sobre la bata verde que le llegaba hasta media pantorrilla. Contemplaba la noche. Veía. Esperaba. Trataba de oír el familiar rugido de una moto.

Frunció el ceño cuando, en vez de la moto, un coche color gris plateado se acercó por la calle y entró en el camino de entrada de su casa.

El pulso se le aceleró por el miedo y la emoción que sintió al reconocer al hombre que bajó del coche y se acercó con paso decidido a la puerta principal. Saltó de la silla y echó a correr. Abrió la puerta antes de que se extinguiera el eco del timbre.

—¿Puedo entrar? —la voz de Eric era tensa.

Tina no pudo hablar por la emoción que le atenazaba la garganta. Movió la cabeza de forma afirmativa, y lentamente caminó hacia atrás, hasta llegar al centro de la sala.

Mirándola a los ojos, Eric la acorraló hasta que la joven chocó contra el brazo del sofá.

—¿Ya estás lista para escucharme? —su voz era profunda y llena de urgencia.

—¿Ese es tu coche? —Tina movió un poco la cabeza para indicar el camino de entrada?

—Sí —Eric frunció el ceño—. ¿Y eso que tiene que ver? Te he preguntado si estás dispuesta a escuchar mis explicaciones.

—No.

El se quedó inmóvil, pálido. Las manos le temblaban un poco.

—¿No?

Todavía incapaz de hablar, Tina denegó con la cabeza.

—Tina —la voz de Eric fue un grito susurrado de agonía arrancando de su garganta.

Y ella no pudo soportar su sonido. Dio un paso vacilante hacia él. Eric extendió una mano, como si le suplicara.

—Te quiero, Eric.

El se quedó paralizado. Luego, con los ojos brillantes, se le acercó y la abrazó.

—Tina… Tina, tenía tanto miedo por ti —gimió él besándole el cabello, la frente, los ojos, las mejillas—. Si alguna vez vuelves a arriesgarte de esa manera…

—Lo siento —murmuró Tina acariciándolo a su vez—. Pero tenía miedo, estaba aterrorizada de que Glen pudiera herirte.

—Dios, te amo —la besó levemente—. ¿Podrías perdonarme por no haberte dicho quién era?

—Ya te perdoné.

—Ámame.

—Te amo —Tina le acarició los labios con los suyos—. Oh, Eric, te amo más que a mi vida.

—Entonces demuéstremelo —Eric la tomó en sus brazos, sintiendo el acelerado latido de su corazón contra su pecho, y la llevó al dormitorio. Y Tina se lo demostró.

Fin